

SIMON HARCOURT-SMITH: *Alberoni or the Spanish Conspiracy*.
Faber and Faber Lmtd. Londres; 244 págs.

El autor de esta reciente biografía inglesa del Cardenal Alberoni advierte lealmente en el prólogo de su obra la escasez de fuentes originales, singularmente españolas, de que se ha podido servir y beneficiar en su trabajo, al quedar, como consecuencia de la guerra, frustrado su propósito de investigar en Simancas, en Viena y en el Vaticano los documentos atañedores y coetáneos de la figura enigmática y familiar del político italiano. Así, pues, vese forzado a nutrir su narración, por modo preferente, en testimonios franceses e ingleses y en la historiografía clásica de su tema, por lo demás bastante anticuada e incompleta. No es, pues, de extrañar que la obra se resienta en su interés histórico general y muy concretamente en lo que a la elucidación de ese confuso momento crucial de nuestro pretérito se refiere. Falta también, quizá, en el libro una visión directa y conjunta del problema español y de la significación última y viva de los acontecimientos que relata desde un ángulo esencialmente hispánico. Sin duda, no era ése, ni podía serlo, el propósito de su investigación, que se limita a escudriñar la personalidad política del Cardenal parmesano y a trazar sus actos y peripecias vitales en un nódulo único. Tampoco es estrictamente española, ni mucho menos, la ambición y la intención histórica de Alberoni. Pero como su hora más encumbrada y, por decirlo así, la de plenitud de su destino coincide tan estrechamente con nuestra historia y se identifica muchas veces con ella misma, parece natural que el estudio circunstanciado e íntimo de la realidad española ocupara un espacio más ancho y no fuera un mero episodio, aunque culminante, en la trayectoria histórica del primer ministro de Felipe V. En definitiva, si el nombre del humilde hijo de un jardinero italiano se recuerda todavía y si su personalidad alcanzó resonancia europea y vigencia política de primera magnitud, débese no a sus aventuras, medros y correrías por los pequeños principados de su patria de origen, ni a su amistad con Vendôme, ni a sus intrigas en la Corte francesa de la Regencia, sino a su avisada gestión política española, que dió trascendencia a sus actos y proceridad a su figura. Indudablemente, todo,

aun lo más pequeño, sirve al biógrafo para esclarecer y perfilar la textura anímica de su personaje, y así seguimos de buena gana las andanzas de su juventud y las huellas de sus pasos hasta que llega a España; pero una vez instalado en las regias cámaras del Buen Retiro no hay que olvidar que Alberoni alcanza la hora más alta de su destino y que en ella se ha de buscar el secreto de su grandeza y discriminar sus virtudes, tasando sus hechos, pesando sus valores políticos y enjuiciando el alcance y el pormenor de su obra como estadista. Examinando, en suma, lo que Alberoni hizo cuando pudo: la reforma del Estado español por él iniciada, aunque una malaventura de la historia frustrara su ambicioso designio. Sin eso la personalidad del Cardenal quedará novelada pero no historiada. Cuando Alberoni abandona el suelo de España su vida se hunde de nuevo en la sombra y desaparece para siempre de la pública palestra y aunque estos misteriosos años puedan suscitar el interés vivo del biógrafo que novela a su héroe, carecen ya de todo momento para el historiador estricto. La vida de un político no suele, además, tener el menor interés si no se la pone en relación constante con lo que hace. El político vive plenamente en sus actos y carece en ese sentido de intimidad biográfica. Si de la vida de un político se escamotea su pública actividad, su personalidad entera se esfumará entre nuestras manos. No cae en este yerro el señor Harcourt-Smith, que comprende finamente los estupendos dones de estadista que Alberoni poseía y que hizo patentes precisamente en España; pero su falta de información le hace, sin duda, abreviar excesivamente el capítulo que dedica a la gestión política del Cardenal. No tanto, sin embargo, que no ilustre su figura e invite a una comprensión veraz de su ambición y de su esfuerzo. Pero, sin duda, el tema que trata con más amplia documentación, instinto más fino y mayor simpatía es el de las relaciones diplomáticas e internacionales movidas o anheladas por Alberoni, a saber: su empecinada y vehemente aproximación a la Corte de San Jaime, su recalcitrante y dramática anglofilia. Toda la política exterior de Alberoni durante los cortos años de su mandato encaminóse a conseguir esta alianza, tan extraña a la sazón y tan fuera de la tradición clásica de la política isabelina, que perduró más de lo debido, según cuenta el señor Harcourt-Smith, por inercia pura de los móviles psicológicos más que

reales de los dirigentes británicos. Las intenciones diplomáticas del Cardenal quedan de ese modo condenadas al fracaso y acaban trágicamente en las ensangrentadas aguas del Cabo Passaro. El análisis que de pasada hace de esa posible combinación diplomática el autor de este libro entraña, por lo menos, una decidida simpatía española y un fuerte sentimiento de nostalgia retrospectiva; quizá, según palabras de Mr. Harcourt-Smith, la alianza promovida por Alberoni hubiera impreso una dirección más sana y valedera, de haberse seguido a la política española tanto como a la inglesa.

La obra del señor Harcourth-Smith mantiene un equilibrio bastante ponderado entre el afán de investigación histórica y el achaque de interpretación estética del tiempo pretérito que de algunos años a esta parte viene siendo fácil prurito de la moderna biografía. El reciente estilo biográfico que nuestra época padece se apoya decididamente en los detalles vivaces, en la recreación novelística del ambiente y del clima espiritual, en la fina intuición psicológica más o menos imaginativa y gratuita de los personajes históricos, que acaban las más de las veces por cobrar calidad de entes de ficción. A falta de una ordenación rigurosa y perspicua del acontecer histórico y de una aportación documental inédita que arroje nueva luz sobre los sucesos y las figuras, suelen complacerse los biógrafos contemporáneos en la reviviscencia artística del pasado y en la interpretación imaginativa y subjetiva de la realidad histórica. También salva limpiamente este escollo el señor Harcourt-Smith, que atiende en primer término al llano esclarecimiento de su materia y limita cautamente sus ingerencias estéticas. Por lo demás, el escaso pintoresquismo que trae a su narración procede casi siempre del famoso y discutido viaje de Madame D'Aulnoy, tan angosto de verdad, y aun de verosimilitud, como ancho de amena fantasía, y así no es de extrañar la inexactitud y palmaria exageración de sus toques de observación francesa, como cuando dice, por ejemplo, que el campesino español —el castellano de la paramera burgalesa lo mismo que el de regiones más benignas y dulces— se pasaba la vida tañendo perezosamente la guitarra a la puerta de su cobijo mientras cuadrillas de labriegos galos acudían a España desde la Guyena a realizar las faenas de la recolección; o como cuando asevera, en la página 73 de su libro,

el desplazamiento en masa a Madrid de las más empedernidas prostitutas del Albaicín granadino, como deliberado plan de campaña para diezmar por la sífilis a las tropas del Archiduque Carlos, que ocupaban a la sazón la corte de España. Hay que hacer constar, sin embargo y en honor a la verdad, que estos rasgos de ingenio francés no abundan, ni mucho menos, en la obra que comentamos, y que el señor Harcourt-Smith se muestra casi siempre parco y elegante en el manejo de sus materiales y en el sobrio vuelo de su fantasía y que, por otra parte, la sociedad española de aquella época declinante no era precisamente ejemplar, aunque conservase y vivo y soterrado el humano coraje que Mr. Harcourt-Smith reconoce gustosamente como impercedera virtud española. Es cierto también que de toda su obra se desprende un noble y evidente espíritu de hispana simpatía y comprensión, pongo por caso cuando subraya ciertamente el carácter de impregnación popular de la cultura española en sus empresas coloniales, distinguiéndola de la propiamente británica, salvo en el caso de Australia, Canadá y Nueva Zelanda, afirmando nuestra mayor penetración espiritual y ese entrañable modo de dilatar nuestro ser por el mundo que nos ha permitido una cierta supervivencia egregia después de ver acabada y en ruinas nuestra efectiva potencia histórica. Este derramado y generoso espíritu de la cultura española, que cala en lo más hondo de las almas y se apodera íntimamente de los más diversos estratos sociales es, en palabras del autor, "como una especie de ritmo que parece extenderse a través del mundo, desde Palermo a Potosí"; es lo que D. Marcelino Menéndez y Pelayo llamaba exactamente "el estilo español".

A pesar de sus forzadas limitaciones, la obra de Mr. Simon Harcourt-Smith es históricamente valiosa y discriminativa y contribuye notablemente a esclarecer la figura del Cardenal italiano, que en sus páginas alcanza un grado no pequeño de verosimilitud objetiva y de justicia histórica.

LEOPOLDO PANERO.

CHRISTOPHER DAWSON: *Beyond politics*. Londres, Sheed & Ward, 1939. Un vol. de 136 págs.

Este libro, aparecido en 1939, refleja la preocupación que en el autor causa la creciente mecanización de la civilización moderna, y sus problemas no han hecho sino agudizarse a través de cinco años de sangrienta guerra, que dan mayor interés a su lectura.

Según Dawson, la creciente complicación de la mecanizada civilización moderna, especialmente en los países más industrializados, exige un grado proporcionado de organización que no puede limitarse a los elementos materiales, sino que debe extenderse a la sociedad misma, y mediante la sociedad, a la vida ética y psicológica del individuo. De ahí que la tendencia histórica haya ido de la política a la sociología. Problemas que hace un siglo eran mirados como puramente políticos, se hicieron económicos en la segunda mitad del siglo XIX, y durante la presente centuria se han convertido en sociológicos y psicológicos. Pero la opinión pública no se ha dado todavía cabal cuenta de tamaña mudanza. La sociedad se va adaptando a las nuevas condiciones de manera casi inconsciente e instintiva, y gran parte de la tensión e inquietud del tiempo presente es debida a la inadecuación de la herencia social para hacer frente a las nuevas realidades.

Bajo la presión de necesidades políticas y económicas han surgido diferentes intentos de construir nuevas formas de gobierno y sistemas ideológicos que pretenden suministrar la base de la reorganización social. Estos son los llamados regímenes totalitarios: el comunismo ruso, el fascismo y el socialismo nacional alemán, que han querido construir sobre nueva planta, entre las ruinas de las instituciones e ideales del pasado siglo, una estructura social unitaria. Pero debido a las circunstancias de su origen —a la falta de preparación de la opinión pública y a la carencia de una base sólida en conocimientos sociológicos y psicológicos—, era inevitable que estos intentos implicasen una simplificación drástica de los problemas y que «liquidasen» todo elemento social o ideológico incapaz de ser armonizado inmediatamente con el credo del partido dominante.

Según Dawson, la tragedia de esta simplificación ha ido en aumento. La unilateralidad del comunismo en Rusia provocó por reacción la unilateralidad opuesta del fascismo, que a su vez excita la opinión democrática para formularse a sí misma con una nueva exclusividad contra las dictaduras. Si esta última tendencia fuera llevada a su conclusión lógica, vendría a parar en la creación de un totalitarismo democrático no menos estrecho y tiránico que el comunismo ruso o el socialismo nacional alemán. Y, por otra parte, no puede ignorarse la necesidad de un alto grado de organización social y de un sentido más hondo de la comunidad, y no puede hallarse la solución en una resistencia negativa al totalitarismo que intentase varar la nave de la sociedad en ideas políticas propias de una situación social ya desaparecida hace tiempo.

Esta es la dramática situación de nuestra época, particularmente en Inglaterra. A los ingleses no les gusta el régimen totalitario, porque se oponen a las tradiciones de libertad e individualismo en que se apoya, según nuestro autor, el Estado y la cultura británicos; pero, por otra parte, la democracia liberal deja indefensos los bienes más preciados de la civilización y la cultura ante la avalancha de fuerzas impersonales que lo van mecanizando todo, y que convierten al mundo moderno en una civilización-masa de cinema, periódico y cabaret, donde el individuo, la familia y la nación se disuelven en un rebaño humano sin personalidad, tradiciones o creencias.

¿Qué solución ofrece Dawson a tan patética situación? Dejar a un lado los métodos violentos y radicales del comunismo y del fascismo, y aprovechar de estos sistemas el impulso vital con el que intentan dar nueva vida a la comunidad. A esto parecen estar obligadas las mismas democracias. «El demócrata está frente al mismo problema esencial que el comunista y el fascista, a saber: la creación de una comunidad viviente alzada sobre la confusión de los intereses materiales y los particularismos egoístas que han crecido con la civilización moderna; y si ha podido escapar durante tanto tiempo al sacrificio de libertad que llevan consigo los otros sistemas, es menos por la superioridad de sus ideales que por el hecho de que las democracias occidentales han sido protegidas contra la embestida de las nuevas fuerzas gracias a la riqueza y el poderío adqui-

rido en la época anterior» (pág. 84). Los medios empleados para la creación de esta comunidad deben estar, según Dawson, «más allá de la política», *beyond politics*, porque lo que es necesario reorganizar no es meramente el *gobierno* de la sociedad, sino la *vida* de la sociedad. El acierto de los regímenes totalitarios ha consistido en darse cuenta de que los aspectos no políticos y no económicos de la vida de la nación no podían abandonarse a la actividad desorganizada de los individuos; pero ha errado al aplicar medios políticos a la organización de cosas que, como la cultura y la religión, están más allá de la política.

En suma: 1) que el hombre no se puede contentar ya con vivir en un Estado individualista y capitalista como el del pasado siglo, que sólo cuida del aspecto más bajo de la vida social, dejando en la anarquía y sin defensa las actividades superiores, que caen bajo la garra de las fuerzas impersonales suscitadas por la civilización moderna; 2) que el remedio del totalitarismo es malo, por lo menos para Inglaterra, porque acude a medios políticos para organizar cosas apolíticas, y 3) que es menester una organización nueva que edifique la nación por medios diferentes.

El autor no es muy explícito en la descripción de esta organización apolítica. Parece que se explica el totalitarismo como una deformación y un sucedáneo de la Iglesia: el hombre busca en él vanamente y por medios de policía exterior ese calor vital que sólo puede dar la Iglesia de Cristo a sus fieles. Y es evidente que una política de intromisión y suplantación de la Iglesia es a todas luces condenable, entre otras cosas porque falsea el reino de lo espiritual y porque se falsea a sí misma.

Algunas precisiones completarían las enseñanzas de este libro. Hubiera sido conveniente hacer ver, por ejemplo, que hay medios políticos que pueden contribuir a crear un clima propicio para esa organización de cosas no políticas de que el autor habla, dada la obligación que tiene el Estado de promover la verdadera religión. Pero tampoco hemos de olvidar que este libro no es un tratado de ciencia abstracta, sino que se coloca en unas determinadas circunstancias del mundo. Y como todos los libros de Dawson sabe enfocar sus problemas

con la seriedad y cordura que son características en el conocido escritor inglés.

LEOPOLDO EULOGIO PALACIOS.

WILLIAM THOMAS WALSH: *Felipe II*. (Traducción de Belén Marañón y Moya.) Espasa-Calpe, S. A., Madrid; 809 págs.

Desde que Gachard publicó las cartas escritas por Felipe II a doña Isabel Clara Eugenia y a doña Catalina, la historiografía de nuestro Rey empezó a cambiar de semblante. El que hasta entonces tenía Don Felipe en los relatos históricos era repulsivo. A partir de Gachard, los rasgos de aquella fisonomía fueron dulcificándose; el hombre de la maldad esencial dejó de ser sustancialmente depravado; la protervia de Felipe II fué puesta en tela de juicio; y desapareció la animadversión como único criterio histórico.

Eran las primeras luces del nuevo día que el Monarca iba a vivir en la conciencia de los hombres. Claridad tímida, pero suficiente para que Felipe II pareciese otro. Por lo menos era un tirano con sentimiento de la naturaleza y mucha ternura hacia sus hijas: un monstruo delicado. Su prosa epistolar tenía sorprendentes acentos de afecto paterno y de amor a las bellezas naturales. Cuando Gachard encontró en Turín las cartas de Don Felipe a sus hijas (1867), Ernesto Gregoire preparaba su estudio acerca de la tradición histórica sobre el Rey español; que apareció al año siguiente. La tradición histórica era simplemente la leyenda histórica, desaprensiva y tenacísima.

Hay un pasaje de Goethe en extremo revelador. El poeta habla a Eckermann mientras le escancia el vino, sentados ambos a la mesa, un día en que su entusiasmo por Schiller se había enardecido. «Recuerdo perfectamente —contó Goethe refiriéndose a éste— que en el *Egmont*, en la escena de la prisión, en que le leen al conde la sentencia de muerte, quería que el duque de Alba apareciese en el fondo, enmascarado y embozado en una capa, para solazarse en el efecto que a Egmont le produjera la sentencia de muerte. De esta manera, Alba aparecería como insaciable en la venganza y en el odio. Pero yo protesté

y no salió la figura» (1). Sustitúyase el nombre de Alba por el de Felipe II, su Soberano, o déjese el texto como está, es igual: su valor reside en que hace patente la forma huracanada con que el sentimiento y la pasión irrumpen en la visión de un reinado.

Por eso, la crueldad implacable, la dureza helada de Don Felipe se vieron un tanto comprometidas en las bellas cartas que Gachard encontró y publicó. Decían mucho del espíritu de un hombre aquellos finos matices que su alma revelaba en la intimidad familiar. El homicida reincidente y feroz que se refocilaba en el suplicio de sus víctimas descubría de pronto aspectos de su alma que desmentían la traza inveterada con que se había asomado siempre a la historia. Los más suaves y melifluos sentimientos de padre tenían allí cabida en lírico maridaje con evocaciones de la naturaleza. Sólo un espíritu efusivo, es decir, sólo un hombre de corazón puro, podía gastar sus ocios en hablar a sus hijas de los ruiseñores melodiosos que cantan junto a la ventana, de menudos detalles de la existencia, de manojos de rosas y violetas, de cestillos de fresa, que les enviaba con mimo y delicia. Las cartas eran acariciadoras. Cuando el Rey estaba en Lisboa oyó predicar a un fraile viejo y desdentado, de soberana elocuencia, y comunicó a las Infantas la admiración que le había producido. Fray Luis de Granada ha escrito imponderables páginas describiendo la naturaleza. «¿Quién podrá declarar —exclama con raptó poético— la hermosura de las violetas moradas, de los blancos lirios, de las resplandecientes rosas?» Pues bien: resultaba que el Rey amaba las flores como el gran artista dominicano. Los historiadores debieron de quedarse estupefactos al descubrir que Felipe II era capaz de idolatrar a sus hijas y de conmovirse ante los lirios.

* * *

Desde Gachard, pues, la vindicación del soberano español ha sido una ola ascendente que se ha impuesto por su magnitud y por su fuerza. Los nombres de Carlos Bratli, de David Loth, de Louis Bertrand, de Ludwig Pfandl, de Reinhold Sch-

(1) Eckermann: *Conversaciones con Goethe*, tomo I, pág. 175. Madrid, 1932.

neider, son familiares a los devotos del Rey. Y ahora la rehabilitación culmina en el libro de Willian Thomas Walsh, tan conocido en España por su estudio sobre Isabel la Católica.

No deja de ser doloroso que quienes hayan salido por Felipe II sean historiadores extranjeros. Doloroso y grato, entendámonos. A la incomprensión universal corresponde en justicia el universal restablecimiento del crédito. Y nadie dirá que la repulsa hacia el Monarca no era un mal general. El caso de Lacordaire, cuya parcialidad combatía ya Balmes con bizarría española en 1842 —fecha de la aparición de *El Protestantismo*—, es un indicio de suma elocuencia. Pero hubiera sido preferible que las lanzas las hubiéramos roto los españoles, ante todo porque se trata de un hombre español, de un Rey del más acendrado españolismo. Si luego nos coreaba toda la tierra, mejor para la verdad y para España.

Felipe II había tenido lo que puede llamarse mala suerte. Ya cuando un hombre adopta una actitud como la suya, tan eficaz y de tanta trascendencia, el hecho de que suscite una amplia y enconada enemiga se presenta como natural a quien no desconozca los movimientos de la naturaleza humana. Todo luchador lo es porque lucha, y luchar implica tener enemigo. Y el enemigo se perpetuará mientras perdure la obra que ha dejado aquel contra quien se ha combatido. Cuando los hombres rivalizan por algo capaz de interesar a sus semejantes, la rivalidad no se extingue con la vida de los paladines. La semilla se debate con la tierra, y luego el tallo y las espigas luchan con los elementos.

Pero, además, Felipe II no tuvo fortuna con sus cronistas. El principal de ellos, D. Luis Cabrera de Córdoba, es autor de una obra tan valiosa como latosa. Sabido es que la segunda parte de esta crónica no se publicó hasta 1876, porque su autor se negó a admitir la revisión solicitada por los diputados aragoneses y encargada a Bartolomé Argensola. Sólo se contaba, pues, con la primera parte de la crónica; pero cualquier lector de una y otra puede atestiguar lo indigesto que es el libro de aquel excelente caballero español. A Menéndez Pelayo le sacaba de quicio. Se revuelve airadamente contra Cabrera y le llama nada menos que «enfático e intolerable cronista de Felipe II, y hombre que con pretensiones de profundidad y cándido ma-

quiavelismo, manifestado en frases enmarañadas y huecas, que a él le parecían sentencias de recóndita política, estropeó los buenos documentos que tuvo a mano, llegando a hacerse ininteligible y enigmático» (1).

De todos modos, el prescindir casi sistemáticamente, en el juicio total de Felipe II, de lo que había publicado de Cabrera y de los datos favorables que se encuentran en Antonio de Herrera, en Porreño, en Sigüenza y otros, revelaba la hostilidad contra el Monarca, que no era en el fondo más que odio o antipatía hacia lo que él y su reinado significan. La historia infamante de Felipe II ha demostrado la gran farsa que alienta bajo las más amables declaraciones de ecuanimidad liberal. Es una historia religioso-política, que parte, en general, de las fuentes enemigas —Orange, Antonio Pérez—, que recusa y desconoce con la mayor improbidad las amigas, y que pelea, en suma, una batalla de pensamiento, una guerra de doctrina, con pretexto de relatar la vida del Soberano.

Que el problema era, en esencia, doctrinal lo demuestra el hecho de que el nombre de Felipe II ha sido constantemente lábaro de contradicción, aun entre los más alejados de los caminos de la historia. Todo católico consciente ha estimado siempre a este Rey, o por lo menos ha comprendido la lógica que preside su conducta. Pero en la zona que va desde la tibieza y la indiferencia hasta el ardor antirreligioso, el desafecto hacia Don Felipe reviste formas que se clasifican entre la antipatía y la aversión profunda.

La crítica honesta obliga en todo momento a reconocer la verdad, sombreando de humanos lunares, que a veces se encuentran hasta en algunas etapas de las vidas santas, la biografía de los hombres que han representado con dignidad un gran papel en el teatro de la historia. Pero en el caso de Felipe II, la crítica, sin llegar a resolver todos los problemas, arroja una prueba favorable realmente abrumadora. Y lo que en honor a la verdad tengan que afearle el devoto del Rey o el hombre desapasionado, no destruye la incolumidad de la figura.

* * *

(1) M. P.: *Ideas Est.*, tomo III, pág. 265, Madrid, 1930.

Sugiere estas reflexiones el libro ya aludido del norteamericano W. Thomas Walsh sobre Felipe II, que se ha tenido el acierto de traducir dignamente al español.

El estudio de Walsh no es una simple biografía en que se relaten con mayor o menor copia de datos las peripecias de la vida del héroe. Es un vasto retablo histórico en que la figura del protagonista se mueve en un mundo ancho, también retratado: el mundo europeo del siglo XVI, en cuya historia tanta parte tuvo el Monarca castellano. La primera excelencia del trabajo, lo que hace de él un libro de verdadera historia, es la actitud en que se coloca el autor con respecto a la materia que va a contemplar.

Walsh ha trazado páginas en las que se busca reflexivamente la explicación de los acontecimientos, la idea o las ideas que los originan y presiden. Parte, resueltamente, de la concepción católica del mundo y de la historia, y afirmando sus postulados y las consecuencias que entrañan, va a encontrarse con el siglo XVI en guisa de uno de los caballeros de aquel tiempo, que combatían con la fe, la hidalguía y el desnudo entonces proverbiales. Porque esta y no otra es la forma en que el ilustre historiador se adelanta ante nuestros ojos para cumplir su tarea. Se declara gallardamente identificado con uno de los bandos en liza, pero no por capricho, sino por creer que encarna, con sus defectos humanos — que la verdad histórica saca a plaza —, la causa del bien, una causa eterna cuyos débiles y a veces indignos representantes se suceden en el curso del tiempo, mientras ella permanece inalterable y grandiosa.

¿Un libro, pues, de combate? Sea. ¿Pero no lo son los libros todos de genuina historia? Acaso otros historiadores que piensan lo mismo que Walsh tienen reparo en confesarlo, y desde luego ninguno de los que se encuentran en distinto campo dejan de militar como él por su respectiva causa. Ni nadie le supera en pulcritud para aquilatar datos y para buscar con toda integridad la verdad de ellos mismos o del subsuelo histórico.

Hablaba *Clarín* de aquellos libros históricos «donde, si se ve el propósito de llegar, como a un triunfo, al alma de los sucesos, a la confirmación de una idea directiva, a la confirmación de algo espiritual, por el cúmulo de los hechos, es contando

con la multitud de éstos, bien observados y bien interpretados, sobre todo bien ordenados y relacionados en omnilateral relación, para exprimirles, por decirlo así, todo el jugo significativo» (1). De vivir ahora, estas palabras hubiera podido escribirlas Leopoldo Alas a cuento del *Felipe II*, de Walsh.

De aquí el valor histórico de este cuadro. Para la historia importa la psicología del Rey y los hechos del reinado, pero lo que importa más es el peso que la figura tuvo en la marcha del mundo, el alcance de sus decisiones, la trascendencia de su intervención. Si se trata de averiguarlo descendiendo como un buzo a las mayores profundidades del tiempo, observando cuanto se puede y «persiguiendo», como decía Ranke, «la vena espiritual de las cosas», entonces nos encontraremos ante un historiador.

La grandeza del cuadro proviene, pues, en el caso de Walsh, de la amplitud y profundidad de lo que pinta y de la anchura y hondura de su visión. La Reforma no es para él un intento de purificación del Cristianismo, sino una conjura internacional, oriunda del judaísmo, para destruirlo. Léanse sus palabras:

«...Los enemigos de la Iglesia católica y de la cultura católica, cualesquiera que fueran sus diferencias de creencias, dogmas, raza y nacionalidad, se preparaban a entrar en acción, unidos por un sentimiento extraordinario de cohesión y cooperación. Era como si en oposición a la organización jerárquica cristiana, cuyo centro mundial está en Roma, existiera otra organización extendida por todo el mundo, y no sólo en Europa; un verdadero reino invisible de oposición. Tenía todas las características de las sociedades secretas que tanta importancia tuvieron en la Edad Media, pero todavía más poderosas. El secreto era la fuente de su tremendo poder. Las fuerzas católicas, difusas y divididas, trabajaban a la luz del día, donde podían ser vistas y combatidas. La oposición, en cambio, podía planear y ejecutar sin ser vista. Por ser fraudulenta no tenía escrúpulos en apoyar sectas y facciones religiosas contradictorias, sin pararse a considerar que o unas u otras no podían ser verdaderas. Seguían siempre el principio, que se ha atribuido falsamente a los jesuitas, de que el fin justifica los medios. Em-

(1) «Clarín»: *Páginas Escogidas*, pág. 107. Madrid, 1917.

pleaban y fomentaban la corrupción. Se burlaban de la Iglesia católica en nombre de la libertad y la ridiculizaban. Hábilmente atribuían a la Iglesia sus propios vicios. El principio que unía a aquel cuerpo con cabeza de hidra era un odio antiguo e implacable, odio a algo que proclamaban continuamente como muerto, pero que temían, como se teme a las cosas terriblemente vitales. Era el *odium Christi*, dirigido contra su Iglesia.»

La idea está esbozada en algunos autores, pero Walsh la concibe directa y originalmente y la convierte en eje de su libro.

«En el espíritu del protestantismo, en su fase primera, había un ansia de algo más que la libertad; nada menos que el ansia —y esto era más evidente aún en el calvinismo que en el luteranismo— de la total destrucción de la Iglesia católica. Había un odio radical, que comenzó al punto a manifestarse quemando iglesias y conventos, violando monjas, torturando y ejecutando a sacerdotes, mancillando la Cruz y cometiendo sacrilegios increíbles con el Santísimo Sacramento. Era un odio antiguo e internacional. Era el odio de los quemadores de iglesias donatistas, el odio del Islam, el odio que se opuso a San Pablo en Roma y a Santiago en Jerusalén, el odio de Anás y de los escribas y fariseos cuando gritaban: «¡Baja de la Cruz y creeremos en ti!» Nada había de nuevo en él, salvo la forma que adoptaba; pero, eso sí, la organización y la preparación eran mejores y madura la oportunidad.»

¿Qué significa Don Felipe frente de este mundo tenebroso? Erich Marcks, entre otros, lo había ya insinuado al decir que el Rey «robusteció y sostuvo un partido mundial del cual era jefe supremo». «...Su herencia siguió viviendo. Su España no se daba por perdida ni por vencida; a la Contrarreforma había dado Felipe su escudo en oriente y occidente; había apoyado y reavivado con toda decisión la antigua iglesia en Alemania, Bélgica y Francia. En toda la historia de estos pueblos siguió viva su influencia, y en España, como hemos visto, dió justamente entonces sus mejores productos espirituales.» (1).

Toda la gran empresa histórica de Felipe II consiste, para

(1) Erich Marcks: *La Contrarreforma en la Europa occidental*, en *Historia Universal*, de W. Goetz, tomo V, págs. 263 y 327.

Walsh, en la fortaleza y en el engrandecimiento de España, unida en una fe común, sobre todo en personificar la Contrarreforma. El autor lo dice con esa cálida elocuencia que hace tan bella su exposición.

«Si todos los católicos hubiesen sido tan decididos como Felipe II en la reforma de la vida católica y en la vigorosa defensa de la cultura católica contra sus enemigos, el cerco gradual que se organizaba para aislar a la Iglesia en el mundo moderno hubiera podido evitarse y aplazarse indefinidamente. Felipe II, fueran los que fueran sus errores y limitaciones, salvó probablemente a Europa de ser por completo arrollada por el protestantismo. No es de extrañar que los protestantes, judíos y otros adversarios de la Iglesia católica hayan hecho de él la bestia negra del siglo XVI, exagerando sus errores y acusándole de otros que no cometió, completamente extraños a su naturaleza. Fué él, tal vez más que ningún otro hombre de su tiempo, el que venció el monstruoso complot y aplazó varios siglos el conflicto decisivo. Frente al espíritu que disuelve a Cristo, del cual el protestantismo fué una manifestación y un símbolo, este hombre pacífico y afectivo había puesto en acción todos sus recursos, su salud, su tranquilidad, su conveniencia; todo cuanto podía en cuerpo y en espíritu, toda la fuerza de una voluntad tenacísima y, en fin, todo el poderío, la sangre y el tesoro del Imperio español. Aunque tuviera sus pecados personales y sus diferencias con Papas y Prelados, había una cosa cierta: allí donde surgiese el conflicto entre la Iglesia de Cristo y sus enemigos, en la tierra o en el mar, en las cámaras de los Consejos y Parlamentos, o en la enseñanza y propagación de la doctrina católica por el ejemplo o el sacrificio de los sacerdotes, fuera donde fuere, allí estaba siempre la influencia de Felipe II, y siempre de parte de la Iglesia. Sus enemigos fueron, casi invariablemente, los enemigos del nombre católico. A su lado, muy rara vez se encontró alguno de los que no aceptaban literalmente las enseñanzas de Cristo.»

De este modo, y merced a una alta concepción de la historiografía y a una pluma que sabe dar al tema el acento condigno, Walsh hace revivir en todo su patetismo las trágicas luchas religiosas de aquella época. Vive la historia como un drama de tesis moral. La expresión fué dicha para Oliveira Martins; pero

puede aplicarse a Walsh, que no es menos brillante que él, ni tiene menos vivacidad para evocar y animar las sombras del tiempo ido. En ese cuadro universal del drama es donde logra el autor sus más grandes aciertos. Pocas veces se habrá alcanzado, dentro de la historia crítica, una reviviscencia tan apasionante como la que pone ante nuestros ojos aquella conspiración cuyos hilos tienen lord Cecil, el genio de la intriga, Guillermo de Orange, Coligny, el turco, el judío, las manos maravillosas de Isabel. A su lado, páginas del colorido de las de Lepanto, parecen escritas por Walsh más bien para una antología escolar.

* * *

Aparte de las objeciones que le hagan los especialistas, cabría insinuar, por ejemplo, cierta vacilación para adoptar una actitud ante el llamado «cesaro-papismo» de Felipe II. El problema fué estudiado por nuestro P. Montaña en uno de aquellos libros macizos que dedicaba al Rey, y donde le descarga del regalismo que se le ha imputado. Walsh no hace referencia al Patronato americano, que acaso ha sido la única experiencia histórica en que el elemento laical ha ejercido felizmente funciones eclesiásticas.

El problema de poner precio a las cabezas de los delincuentes políticos no está resuelto en el libro de Walsh, y me atrevería a decir que en ninguno. Se trata de un caso del derecho a matar, considerado a la luz de la moral católica, norma de Felipe II y de otros reyes. Suele alegarse, como Naméche en su libro sobre los Países Bajos en la época de Don Felipe, que lo mismo que éste hizo con Orange o con el pretendiente Don Antonio, lo hicieron Carlos IX con Coligny, o Isabel con los sublevados de Irlanda. Se aduce que según la doctrina política entonces vigente era lícito desembarazarse de los jefes de una rebelión poniendo precio a sus cabezas. Pero Montaña, con su lenta prosa perifrástica, ha dedicado un capítulo interesantísimo a la cuestión (1). En él prueba que la moral enseñaba que si bien las circunstancias podían dispen-

(1) José F. Montaña: *Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II*, segunda parte, capítulo V.

sar a los reyes de ciertos requisitos jurídicos, incluso la citación y defensa del reo, en ningún caso autorizaban a disponer de su vida sin darle tiempo para prepararse a morir. La opinión política del ambiente sería más laxa, pero Felipe II escuchaba a Chaves, a Menchaca o Azpilcueta, que eran teólogos; y por otra parte puso precio a la cabeza de Orange y a la de Don Antonio, lo cual equivalía a disponer de ellos, aunque cierto que con previa y justa sentencia, sin darles tiempo a preparación y penitencia, que no sólo a teólogos, sino a cualquier verdadero creyente se le aparece como indispensable. La dificultad, pues, queda en pie, y ni el mismo Montaña, ni ninguno de los historiadores posteriores la han explicado.

* * *

Enfrente de la conjura, solitario, estaba el Rey, «intérprete acongojado de la voluntad divina» (1). La imagen de Felipe II que aparece en el espejo de esta expresión es la que hoy prevalece, la que se dibuja en las mejores fuentes, en las crónicas, en los epistolarios, en el teatro. Y la que refleja la narración de Walsh. Moralmente, Felipe II estaba íntegro en el teatro. No sé exactamente si en Jiménez de Enciso o en Vélez de Guevara; sí, desde luego, en *El segundo Séneca de España*, de Montalbán. Don Felipe es allí un alma clásica, esclava de la norma, para quien reinar es cumplir el más sagrado y doloroso servicio.

Montalbán (jornada tercera, escena V), hace decir al Rey:

*Graves cuidados, ya es hora
que me dejéis descansar,
que este modo de reinar
sólo la muerte le adora.*

Y en otro pasaje (jornada primera, escena II), se encuentra la clave perfecta del hombre y del reinado:

*...Que quien consiente un error
tan cerca está de emprenderle,
que entre admitirle y hacerle
no halla distancia el honor.*

(1) Gabriel Maura: *Contestación a «Azorín» en la Real Academia Española* (24 de octubre de 1924).

Es curioso comprobar cómo un norteamericano del siglo xx comprende a Felipe II exactamente del mismo modo que un poeta español que escribía su comedia tres décadas después de morir el Soberano. En *El segundo Séneca*, Montalbán hace que Don Felipe exprese conmovedoramente su paternal afecto al Príncipe Don Carlos. Cuando el hijo se acerca trémulo a su padre, el dramaturgo nos presenta una escena admirable, donde los afectos riñen con los deberes, las inclinaciones del sentimiento con los dictados de la razón, y donde, en suma, el alma una y dual del Monarca nos muestra vívidamente su trágica grandeza.

La historiografía liberal, de raíz romántica, involucraba radicalmente la ética con el sentimiento. Nadie ha podido ni podrá comprender a Felipe II si no cree que la grandeza de un hombre consiste a veces en vencer la pugna entre sus afectos y sus deberes, sacrificando aquéllos a éstos con indecible desgarramiento de espíritu.

Pero la coincidencia no sorprende si se piensa que la creencia de Walsh es tan pura e incontaminada como lo era la de aquel clérigo que adoraba sinceramente a Dios y admiraba frenéticamente a Lope. Por eso tampoco puede extrañar que Walsh vea a Felipe II como nuestro Maeztu (1): «¿No es esta una figura de que debemos enorgullecernos? ¿Que sacrificó el interés egoísta de España a la Contrarreforma? Perfectamente; la gloria de los pueblos está en sus sacrificios. Gracias al nuestro pudo impedirse que el protestantismo venciera en toda Europa, aunque no se logró evitar que prevaleciera en algunos países, porque como ha dicho recientemente un escritor joven: «Dios quiso que se hiciera la experiencia, quizá para que pudiera verse con toda claridad que el protestantismo conduce al paganismo.»

J. L. VAZQUEZ DODERO.

(1) R. de Maeztu: *Defensa de la Hispanidad*, pág. 194. Madrid, 1935.

ANDRÉ MAUROIS: *Lyautey*. (Traducción María Luz Morales.)
 Editorial «Surco», Barcelona, 1943.

Terminada la lectura de este *Lyautey*, de Maurois, y vuelta la mirada a las notas tomadas para guía de la labor crítica, topamos con que casi la totalidad de las mismas corresponden a párrafos que ya aparecen entrecomillados en el texto, es decir, a citas literales tomadas por el autor al material que le sirvió para elaborar su biografía. Ya es esta una primera observación que sitúa al *Lyautey* en un campo muy distante del habitual género biográfico que Maurois ha «descubierto». En la casi totalidad de sus obras es el autor quien habla por boca de sus personajes, sin importar demasiado la rígida fidelidad a una realidad más o menos conocida. Y así cada una de las individualidades elegidas por Maurois para sus biografías cobra, a lo largo de las páginas, el aspecto del protagonista de un drama a cuyo desarrollo el lector asiste como espectador apasionado; baste recordar la serenidad de *Ariel*, o el entusiasmo vertido en su *Disraeli*, o el cálido modo de tratar a su *Byron* o a su *Turguenev*, o la agudeza descriptiva de una época en su *Eduardo VII*. (Desconocemos su última publicación, de carácter autobiográfico, publicada en lengua inglesa en 1943: *Call No Man Happy*.)

Intentar una crítica, aunque sólo sea una mera recensión como la aquí abordada, de una biografía entraña siempre el peligro de que el personaje oculte a la obra misma. Si se trata, además, de un hombre de nuestro tiempo y que, por añadidura, fué sujeto de acontecimientos que no podemos considerar como extraños, los ángulos de vista se complican al multiplicarse, pues nos vemos forzados a valorar la actitud del personaje en lo que a nosotros importa, sin olvidar por ello el partido defendido por el autor. Y si, además de todo esto, la obra se nos ofrece traducida, no estará de más el plantear la conveniencia de apostillar algunos de los extremos y evitar que seamos nosotros mismos los que demos pase de libre circulación a versiones que en nada nos favorecen y que poco tienen que ver con la verdad. A modo de ejemplo, aunque no faltará ocasión de volver sobre ello, podríamos citar la incomprensible

errata —ignoramos si de traducción o de original, pero su repetición hace creer esto último— de la página 255 al atribuir a Lyautey el proyecto de desembarco en la retaguardia rifeña y confundir lamentablemente Agadir con Alhucemas. Este error no es sólo geográfico, sino de planteamiento del problema, ya que enmascara la realidad de esa colaboración franco-española que sólo llegó con el desastre francés de abril de 1925, superior en trágicas consecuencias al nuestro de 1921. ¿No creen, editor y traductor, que afirmaciones como las que Maurois lanza no debían aparecer en idioma español sin la compañía de una sencilla nota que en buena prosa castellana llamase a las cosas por su verdadero nombre?

Pero ante todo sigamos con cierto orden el plan trazado por Maurois para su *Lyautey*. En esta biografía, ya lo señalá- bamos, André Maurois se ha alejado de su modo peculiar de entender el género biográfico y se ha sometido a un método que proporciona mayor exactitud a la obra, pero le 'arranca el atractivo especial que sus otras biografías poseen. Desde las primeras páginas se advierte que labora con un personaje perteneciente a un mundo que no es el habitual del autor; carece- mos de motivos suficientes para aceptar o rechazar ese tono de amistosa intimidad que emplea en las últimas páginas, como si el autor hubiera pertenecido al círculo estricto que rodeaba al Mariscal en su retiro de Torej. Pero, sea recurso literario o reflejo de una realidad inabarcable para nosotros, lo cierto es que esa compenetración está ausente en gran parte de la obra. No quiere decir esto que el biógrafo adopte ante su personaje una postura crítica, de recelo o simplemente de indiferencia, la obra de Lyautey es alabada y el personaje rodeado de esa admiración que casi resulta inseparable del género. Sin embar- go, si se leyera, por ejemplo, el *Disraeli* y el *Lyautey* en días consecutivos se comprendería mejor la distancia que hay entre André Herzog y su pseudónimo literario de André Maurois.

Los dos primeros capítulos, «Infancia» y «Juventud», son puntos de partida para la mejor comprensión del personaje, y el autor casi se limita a copiar literalmente largos párrafos del *Diario* de Lyautey y extractos de cartas familiares. Sin embargo, el ambiente familiar, de patriarcalismo provinciano y de nostal- gia castrense, es dibujado con nitidez por Maurois, sobre todo

al tratar de la doble influencia ejercida en Lyautey por sus dos ramas ascendentes; quizá lo más preciso y sutil de toda la obra se anuncia ya en este comienzo: nos referimos al tránsito del sentimiento de la fidelidad legitimista a la idea del «servicio» al Estado, que había de vencer en Lyautey, que en estos capítulos se nos aparece como un inquieto adolescente —tras su forzada quietud por el accidente infantil— que a los doce años redacta un manifiesto realista con todas las razones que posee para serlo.

Ya el joven Lyautey ha salido de Saint-Cyr y descubierto la monótona vida de guarnición, que siempre aborrecerá. Pero él, como más tarde diría, es «un animal de acción» y cree encontrar en los grupos sociales del capitán De Mun la válvula que precisa para sus energías inactivas

Su destino colonial ni siquiera se adivinaba en el horizonte, pese a su paso por Argelia, que sólo dura los dos años reglamentarios. Otra vez en Francia y en la monotomía cuartelera. El hombre, tal como nos lo ofrece Maurois, se desliza sobre la Francia de finales de siglo; otra vez notamos esa rigidez en torno a la vida del biografiado y el olvido a encuadrarle en el momento y en la época. Son los días de la estabilización del régimen, y Lyautey, futuro Mariscal de Francia, visita al Conde de Chambord y recibe de éste el encargo de trasladarse a Roma y solicitar audiencia del Papa León XIII, ya en los comienzos de su política del *ralliement*. De tales viajes sale resquebrajada su fidelidad monárquica y en crisis sus creencias; pronto su monarquismo se encerrará en lo más recóndito de su ser, allí donde no impida sus brillantes servicios a la III República, al «Estado» francés. Por estos días el futuro miembro de la Academia hace sus primeros escauceos literarios: un artículo en la *Revue des Deux Mondes*, sobre la «Misión social del jefe militar».

En el capítulo IV descubrimos ya al personaje en ruta directa hacia su destino histórico. La agudeza diplomática de que en otros trabajos —ejemplo: *Eduardo VII* o su *Historia de Inglaterra*— ha hecho gala Maurois podría haberse ejercitado en esta ocasión perfilando la política internacional francesa y su expansionismo colonial, en función no pocas veces de problemas europeos. Pero Maurois sigue callando, quizás para no to-

parse con las tropas españolas y tener que explicar su ausencia. El «sistema» Lyautey es descrito sin salirse de ese discreto segundo plano elegido por el autor. Gallieni y Lyautey son los personajes y Maurois se limita a anudar los párrafos recogidos de uno y otro. Mucho podría hablarse del modo francés de colonizar, pero sería apartarse demasiado del tema. Por un momento parece que el autor va a perder esa «cuanimidad» mantenida a lo largo de la obra; es al tratar de la primera empresa colonial activa de su biografiado: «Algo así como la Paz Romana. La tarea de las legiones del César renovada por estos oficiales franceses.» Más nos interesa su justificación de la acción colonial. Maurois vive a ras de tierra y no siente la necesidad de buscar esa justificación en motivaciones trascendentes: «La política colonial, ¿es justa o injusta? En otros lugares, en países capaces de gobernarse a sí mismos, será tal vez injusta; mas bajo esta forma y en estas regiones desdichadas, la duda no es posible. El orden sucede al desorden, la paz a la guerra, la vida familiar y agrícola a la existencia de la piratería y del raptó. Todo esto parece ser un bien positivo» (pág. 59). Nosotros nada tenemos que oponer a tales afirmaciones, si acaso las completáramos con razones más hondas.

Un problema con el que se debate a lo largo de toda la obra es la necesidad de coonestar su propia filiación con la del personaje, sobre todo cuando la realidad política le coloca en difícil situación. De todas formas se nos ofrece aquí un Maurois «patriota», hasta con ribetes de M. Chauvin, lo que no deja de ser un postrer triunfo de Lyautey. Pasada la hora de Argelia, Túnez y Tonkín, y en espera de que sonara la de Marruecos, la III República creyó llegado el momento de «actuar» en Madagascar. También aquí Maurois recibe el problema como si careciera de antecedentes y consiguientes; para él Madagascar no es sino un nuevo país en el que la acción colonial puede «ser un bien positivo», para Francia claro es. Y paso a paso sigue los trabajos de Lyautey, que ya en esta época había encontrado la leyenda heráldica para su condición de «caballero de la acción» en los versos de Shelley: *The soul's joy lies in doing*. Dos nuevas ocasiones para enhebrar la rica gama de consideraciones personalísimas que en otros lugares prodiga deja pasar Maurois: nos referimos a las palabras de Lyautey

sobre el «fratricidio» de 1870, que mató en capullo a «la Europa una, lógica, histórica» preparada por el lento trabajo de los siglos y al «hecho» del fusilamiento de todos los jefes hovas rebeldes, sistema tan opuesto al defendido por el propio Lyautey en el Tonkín. Maurois cree cumplida su misión con estas palabras aleccionadoras: «en la acción, como en la ciencia, las teorías deben transformarse al ritmo de los acontecimientos y de los hechos» (pág. 67). El sillón de la Academia se acerca un poco más: Lyautey escribe: «La misión colonial del ejército.» Claro es que fué en Fez donde verdaderamente conquistó el puesto entre los «inmortales».

Esa especie de equilibrio inestable que señalamos como característica de este *Lyautey* lo encontramos con mayor claridad al tenerse que enfrentar el autor con los dos «baches» de Fachoda y del «dreyfussismo». Uno y otro son hábilmente desdibujados, sin tomar partido o dejar huella de sus preferencias. Toda la trama diplomática pasa inadvertida, intentando ahogarla en una minuciosidad detallística con reiteración de citas personales poniendo cierta fruición en aquellos párrafos, escritos en momentos de desilusión y aptos para fines no previstos por su autor: «Y cuando mi cerebro, dentro de algunos meses, se halle habituado por completo a la óptica de las cosas pequeñas y no piense en las grandes, habré llegado al estado mental conveniente a un coronel de caballería y ya no sufriré. Espero que la realización de este adecuado embrutecimiento no sea cosa larga» (pág. 82). Pero otra vez encuentra ocasión para la acción y toda su vida habría de consumirse en torno a una única llama: Marruecos. Los incidentes de 1904 aconsejaban la utilización de un hombre como Lyautey, autor del sistema de «la mancha de aceite». Y en el Sud-oranés se abría ancho campo para un sistema que no despertaba excesivos recelos y que prefería presentar «hechos consumados», tan caros siempre a toda buena diplomacia. Y en verdad que bien sirvió Lyautey a su país en tal empeño.

Nos vemos forzados a señalar, una vez más, ese extraño silencio guardado por Maurois en torno a todos los problemas a cuya trama quedó ligada la vida de Lyautey, como si fuera posible comprender al personaje sin el ambiente. La voluntad no debe ser ajena a tales silencios, que entonces ya no nos pa-

recen tan ilógicos. Para penetrar en el mundo que había de constituir el sólido pedestal de su fama, Maurois se conforma con estas palabras: «En el ángulo oeste de Africa del Norte, Marruecos era una enclave (*sic*) bárbara en plena vida moderna... El orden y la seguridad no son quizá derechos, pero sí han llegado a ser necesidades del hombre. Un país que, como Marruecos, no puede satisfacer esas necesidades y que está rodeado de naciones más exigentes, tiene que desaparecer» (página 93). Así, con idéntica crudeza a la empleada para señalar la suerte de los hovas, Maurois se enfrenta con el enmarañado mundo marroquí. Pocos momentos tan interesantes en la diplomacia como esos años, plenos de matices y de personajes sugeridores; pero de todo ello para Maurois no importa sino su criterio realista, no desprovisto de cierto empaque nacionalista: había que ocupar Marruecos «sobre todo para evitar que cualquier otro país europeo, instalándose allí, creara una frontera militar e hiciera del Muluya otro Rhin» (pág. 95). El cuadro diplomático era perfilado con «ingenua» sencillez: «España *creía* tener sobre este reino derechos que otras naciones europeas apoyaban... Alemania empezaba a lamentar una generosidad tal vez un poco inhábil... Inglaterra no era todavía nuestra amiga y uno de los axiomas de su política tradicional era no permitir que ninguna nación se instalase frente a Gibraltar...» (página 96). Los dos caminos quedaban abiertos: el Quai d'Orsay pensaba en un acuerdo con «un» Sultán que sirviera de carta de presentación ante las cancillerías; Lyautey quería su «mancha de aceite» propagándose sobre la geografía marroquí. Y uno y otro se encontraron en la ruta de Fez, con la mutación de Sultanes: Muley Hassan, Abd-el-Aziz y Muley Yussef.

En dos páginas esboza toda la historia diplomática que va desde Fachoda hasta Algeciras, y España sigue siendo un personaje segundón del que sólo se reciben molestias: «Las primeras dificultades vinieron de España» (pág. 126). ¿Cuáles podrían ser cuando siempre fuimos a remolque y en la propia Algeciras no podía haber sorpresas, pues el cambio de Notas de San Sebastián lo preveía todo, siendo un autor francés quien hablara del «pobre Duque» y de su no muy lucido papel? El tránsito de Delcassé a Rouvier tampoco es tratado como merece; per-

donémosle el olvido en gracia a la detallada versión que nos ofreció en su *Eduardo VII*.

Los «hechos consumados» se abren con la ocupación de Uxda y el desembarco conjunto en Casablanca, que no es exactamente visto por el autor. Los viejos escrúpulos del realista lorenés han sido olvidados y no vacila en acudir a la llamada de Clemenceau, quien crea para él el Comisariado de la frontera argelino-marroquí que será el portillo por el que penetrar «clandestinamente», según su propia expresión, en Marruecos. Es en esta parte donde notamos esa ausencia de Notas que servirían de guía «española» al lector no demasiado versado en tales temas. Toda la historia marroquí, desde 1909 hasta 1925, es esbozada con criterio parcialísimo, olvidando lo mucho que a España se debe y no escasas veces dejando deslizar errores y falsedades.

La obra está comenzada y los hechos son lo único que importan, al menos para Maurois. Todo sucede sencillamente, acentuando el dramatismo en algunos hechos, como el sitio de Fez, y dejando deslizar la atención sobre otros, el cambio de Sultán, por ejemplo. Si en español se publica libre de notas el contenido de los capítulos IX y X ¿vamos a extrañarnos porque aún se escuche en exámenes universitarios la tesis del sub-protectorado de España en Marruecos? Un eco del habitual modobiográfico de Maurois lo descubrimos en el capítulo XI, al tratar de los «rasgos de un carácter» y que es quizá la única parte de la obra en la que el autor abandona la forma impersonal de expresarse. Aquí le vemos dibujar el contorno de este Lyautey que «de 1913 a 1919 será todo lo poderoso que pueda ser un hombre»; el entusiasmo por «su» personaje le hace escribir que «el hombre normal no transforma al mundo, tan sólo le soporta» y «que el hombre de genio imprime la forma de su espíritu a una materia cuya resistencia domina» (pág. 169). El interés vuelve a decaer al hacer la monótona relación de las expediciones militares. La falta de colorido en el ambiente es, a nuestro entender, uno de los defectos de la obra, convirtiendo en áridos párrafos lo que posee fuerza suficiente para sostener la atención del lector. El personaje se desliza por paisajes tan opuestos como la Francia provinciana del II Imperio y la III República, el lejano y misterioso Tonkín.

de fabulosos mandarines y de piratas fluviales, la gigantesca isla de Madagascar y su sistema feudal bajo la reina Ranama-
 valo, los confines saharianos de Argelia, los sagrados muros
 de Fez, las vertientes agrestes del Atlas... y, sin embargo, a no
 ser en la descripción de su ambiente infantil, difícilmente se
 encuentra una bella página que nos muestre el modo de com-
 prender esos mundos, la versión de esos paisajes y de esas
 agrupaciones humanas sobre las que se desenvuelve la asom-
 brosa actividad del personaje.

1914 sorprende a Lyautey en plena obra, enfrascado en la
 expedición a Taza —ese pasillo al que se asoma nuestra zona
 y sobre el que siempre nos negaron hasta una modesta servi-
 dumbre de vistas—, y la orden de París es terminante: reducir
 al mínimo la ocupación y enviar hasta el último soldado. La
 guerra le deja esas «manos libres» que siempre ambicionó y
 que la máquina parlamentaria jamás le hubiera concedido. Son
 los años del verdadero triunfo de Lyautey, pero ¿no debería
 hablarse de lo mucho que le facilitó su empresa la actitud es-
 pañola? La neutralidad benévola actuó de idéntica forma en el
 Atlas que en los Pirineos (como nota marginal señalaremos el
 galicismo «clase» por «quinta» o «reemplazo»). Un entreacto
 había de ser el rápido paso por el Ministerio de la Guerra en el
 Gabinete Briand de 1917. Maurois se limita a seguir todo este
 confuso período con abundancia de textos ajenos y ausencia
 de opiniones propias. Las disputas en torno al mando único,
 la expedición a Salónica, la ofensiva Nivelles, el «ascenso» de
 Joffre y, por último, la sesión de la Cámara en que Lyautey
 habría de ser increpado ante su negativa de comunicar ciertos
 datos al Parlamento. Pero sus preferencias se hacen patentes:
 «La verdad era, por el contrario, que los diputados, respetuosos
 con el Gran Cuartel general, al que habían dejado casi absolu-
 ta libertad al empezar la guerra, recordaban ahora a los repre-
 sentantes frente a los ejércitos de la Convención y llegaban a
 pensar, después de tantos fracasos, que la fiscalización parla-
 mentaria debía reforzarse. A la llegada de Lyautey los malicio-
 sos hablaban del regreso de Egipto.» (Págs. 228-9). Nueva prue-
 ba de la inadaptación del mundo del autor al de su personaje.

Los que más se prestarían al amplio comentario son los ca-
 pítulos XV y XVI, en los que Maurois trata de los últimos años

marroquíes de Lyautey. Es la última etapa de ese proceso que mide cada jalón en kilómetros arrancados a la influencia española. La traductora hubiera podido añadir esas notas fácilmente recogidas de las obras de García Figueras o de Areilza y Castiella; sólo entonces podría el lector saber a qué atenerse acerca de las afirmaciones de Maurois en torno a la colaboración franco-española: «después del desastre de Annual, el general Primo de Rivera —¿sabrá exactamente el momento de uno y otro?— suprimió bruscamente los puestos españoles y condujo todas sus tropas al litoral. Esta retirada dejaba a las tropas francesas en el aire frente a los bereberes disidentes del Rif, pueblo guerrero y excitado por esta victoria» (págs. 239-40). La semblanza de Abd-el-Krim está llena de reticencias hacia España; pero lo que más importa es el relato de la ocupación de Uargha. En la página 443 de *Reivindicaciones de España* encontramos la versión auténtica de este incidente, que bien podía haber sido transcrita en la traducción comentada. Para Maurois el problema era muy sencillo: «¿Se podría permitir a los rifeños que se infiltrasen de tribu en tribu hasta la orilla del Uargha? Esto hubiera sido muy peligroso» (pág. 251). No debía serlo tanto cuando exigió varias conversaciones que llevaron a los acuerdos hispano-franceses de julio de 1925. Para Maurois todo es sencillo y lógico: «Las tribus Djebala dejaron avanzar la expedición sin oponer resistencia y la gran tribu de Beni-Zerual (ochenta mil almas) pasó a estar bajo la autoridad francesa» (pág. 252).

Lo que tampoco se deduce de la obra de Maurois es la complacencia con que la propia Francia había recibido la actuación de Abd-el-Krim, hasta el ataque del Jeriro del 12 de abril de 1925. Lo grave de la situación queda señalada con la llegada de Painlevé a Marruecos y la entrega del mando en jefe al mariscal Pétain, frescos aún sus laureles de Verdun. ¿Y qué decir del acuerdo militar con España? La paternidad del mismo, atribuida a Lyautey, pertenece a Pétain, pero su triunfo es privativo del genio militar de Primo de Rivera y del adiestramiento del ejército de Africa. Quien quiera conocer con detalle esta época que condujo al aniquilamiento de la resistencia rifeña y a la «última usurpación francesa», no perderá el tiempo leyendo las citadas páginas de Areilza y Castiella.

La vida del personaje está vencida, aceptada su dimisión ha vuelto a su retiro provinciano y a ser el centro de aquel patriarcalismo del que recibiera su primera educación. Un último destello lo constituiría la Exposición Colonial, como el resplandor que anuncia el definitivo agotamiento de la hoguera. Aquí la prosa de Maurois se hace más íntima, más cercana al personaje; sus páginas se tiñen de esa serenidad que rodea al retiro de Torey y cobran nuevo vigor al describir el entierro, en Nancy y en la Iglesia de los Duques de Lorena (el retrato de Otto de Hasburgo, último duque de Lorena, presidía el despacho de este viejo realista que dió un Imperio a la República y fué ministro con la izquierda radical).

Ahí quedan, sin otra ambición que la de señalar unos defectos subsanables y con la esperanza de que el posible lector lleve dispuesto el ánimo para lo que va a encontrar, las sencillas glosas que este *Lyautey* de Maurois nos sugiere. Hemos querido ceñirnos al plan de la obra, evitando el riesgo que la magnitud del personaje nos hiciera olvidar que debíamos «verlo» a través de su biógrafo.

PEDRO SALVADOR.

JOSÉ MARÍA PEMÁN (de la Real Academia Española): *Un laureado civil. Vida y milagros de D. Domingo de Torres en los días de la independencia de América*. Editorial Escelicer, S. L. Madrid, 1944; 282 págs.; 12 pesetas. Volumen núm. 12 de la colección «Poesía y Verdad».

Pemán nos lo dice en la introducción del libro: «Voy a contarte, lector, lisa y llanamente, sin aparato de erudición ni tono de apología, la vida de D. Domingo de Torres y Harriet. Fué, como has de ver, un funcionario modelo y un patriota heroico. Su vida está llena de ejemplaridad, de inquietud y de arrebatador interés. Si yo acertase a contártela con sencillez y buena gracia, sería para ti la lectura de esta crónica ejercicio de sano recreo y de enseñanza provechosa.

»La he llamado *Crónica* para prevenirte así de que no se trata de una biografía histórica, atiborrada de indigesta erudi-

ción. La crónica, la narración viva y menuda de los acontecimientos, es la forma más patriarcal, primitiva y sencilla de la Historia. En crónicas llenas de jugosidad y de color nos han llegado las gestas de los conquistadores de América. En una crónica he querido yo narrar también estas hazañas de los últimos días de nuestra dominación colonial, reveladoras de cómo, al través de los siglos, se habían mantenido intactas las más próceras características de la Raza.»

En el archivo familiar del primer Marqués de Torres de Mendoza, D. Emilio de Torres, que fué leal secretario particular del Rey D. Alfonso XIII (q. s. g. h.) y murió pocos días antes que su augusto señor, se encontraban los documentos que permitieron a Pemán componer la biografía de D. Diego, el «laureado civil», abuelo de aquel bondadoso marqués a cuya memoria va dedicado el libro.

Don Diego de Torres, de hidalga familia de origen burgalés, nació en 1780 en Valencia, donde hizo sus primeros estudios, que fueron bien aprovechados, lo cual, unido a la esmerada educación recibida en el hogar, hicieron de él un cumplido caballero, hombre de mundo, sencillo, elegante, y dotado, además, de atrayente simpatía y don de gentes.

Comienza su vida pública cuando el 12 de octubre de 1802 embarca en Cádiz rumbo al Virreinato del Plata, por haber sido nombrado «Ministro Tesorero de las Cajas francas de la Real Hacienda», en Mendoza.

Con él hacían el viaje D. Faustino de Ansay y D. Joaquín Gómez de Liaño, nombrados, respectivamente, Comandante de Armas y Ministro Contador, en la misma plaza.

Mendoza, según nos cuenta Pemán, «contaba a la sazón poco más de veintidós mil almas, estaba casi formada por casas bajas de un solo piso, en previsión de los frecuentes terremotos, no alineadas en calles, sino desparramadas y sin orden. La mayor parte de ellas estaban construídas con adobe, o sea ladrillos sin cocer, y techadas con tejas acanaladas. Sobre las casas se enseñoreaban unos cuantos edificios de construcción más elevada y sólida, como el Cabildo, la iglesia parroquial y los conventos de Santo Domingo, San Agustín, la Merced y San Francisco. El aspecto de Mendoza resultaba, en conjunto, extremadamente pintoresco, pues cada casa solía estar

rodeada de unos palmos de terreno dedicados a huerta o jardín, con árboles frutales o de sombra. La vida de los ciudadanos, ordinariamente pacífica y regalona, se deslizaba durante gran parte del año en estos jardinillos, en los cuales, sostenidos por estacas o prendidas de árbol a árbol, había generalmente cómodas hamacas de red, donde muchos pasaban las noches en el rigor del verano».

La vida de Torres en aquel lugar apacible cobra interés al llegar en 1808 las noticias de los sucesos de Aranjuez (abdicación de Carlos IV, caída de Godoy) y de Bayona (renuncias de Carlos IV y de Fernando VII en el Emperador Napoleón).

Aparecen en España numerosas Juntas que pretenden ser depositarias de la soberanía, porque el Rey legítimo no puede ejercerla en su cautiverio.

Pero la actitud de los Virreinos ante ellas es una actitud de recelo. Cornelio Saavedra, el futuro presidente de la primera Junta rebelde de Buenos Aires, razonaba de este modo: «¿Por ventura este inmenso territorio, sus millones de habitantes, deben reconocer la soberanía de los comerciantes de Cádiz y de los pescadores de León? ¿Por ventura han pasado a Cádiz y a la isla de León, que forman parte de Andalucía, los derechos de la Corona de Castilla, a la cual fueron incorporadas las Américas?»

En Buenos Aires, en mayo de 1810, se constituye una Junta que promete jurar fidelidad al Gobierno de España, cuando éste sea reconocido oficialmente, pero que mientras, destituido el Virrey, asume los poderes supremos en el Virreinato.

Respecto a la promesa de fidelidad a España, idéntica en el fondo a la que autoridades de análogo origen revolucionario hacían constar en circunstancias semejantes en los otros Virreinos, dice Pemán:

«Las reticencias que hubiera tras esta fórmula exigida por el Cabildo, por la Audiencia y por el tono general de la muchedumbre, no podemos medirlas nosotros, ni menos saber lo que acerca de aquellas palabras pensara el único pequeño grupo secreto que sabía adónde iba. Lo que sí podemos afirmar es que las comunicaciones dirigidas a las provincias del interior iban espolvoreadas aún de adhesiones al *adorado Fernando*, y que las dichas provincias, al tomar sus decisiones, creían aún

de buena fe en el *fernandismo* de la Junta y en su dependencia de la Corona. Esta fórmula de hipotética adhesión, que se ha bautizado en la Historia con el nombre del «misterio de Fernando», fué de un gran efecto paralizante para toda la aguda reacción española.

»Cuando, cinco días después de la instalación de la primera Junta popular, asistía ésta a una función religiosa, el predicador, que era el Doctor D. Diego Zabalca, tronaba todavía con absoluta buena fe contra los insidiosos que daban a aquel movimiento un carácter de sublevación contra el poder real y les contestaba enérgicamente, arrojándoles desde el púlpito un repetido y sonoro ¡Mienten! Quizá, al oírlo, sonreía algún miembro de la Junta de los que movían los hilos más secretos del tinglado; pero la muchedumbre ingenua, de limpio espíritu leal, agachaba afirmativamente la cabeza...»

La noticia de lo ocurrido en Buenos Aires llegó el 6 de junio a Mendoza. A finales del mes, ante el pueblo reunido en Cabildo abierto («la institución más amplia y democrática que en América existía y a la que se acudía en los momentos más decisivos»), Torres intentó en vano, con un discurso lleno de magníficos razonamientos, defender la tesis de que no debía acatarse la Junta revolucionaria de Buenos Aires.

Ansay y Liaño secundaron a Torres. «Antes de despejar el salón —citamos a Pemán—, D. Domingo de Torres y sus compañeros se acercaron a la mesa a recoger un testimonio de su voto, e hicieron constar públicamente que se abstendrían de concurrir a la nueva Junta para la elección de Diputado, puesto que se trataba, con ello, de acceder a una solicitud de la Junta de Buenos Aires, cuya autoridad no reconocían. Cuando salieron del Cabildo, inundaba ya la plaza la media luz del amanecer. Las nobles figuras de los tres leales atravesaban con pausada dignidad la plaza entre los corros que comentaban la jornada. Algunos quizá clavaron en ellos una mirada recelosa; la mayoría se apartó respetuosamente con un embarazoso silencio.»

Destituídos de sus cargos por los rebeldes, dueños más tarde nuevamente de aquéllos, mediante un arriesgado golpe de mano, al final, triunfantes en definitiva los partidarios de la Junta de Buenos Aires, Torres y sus dos compañeros

terminaron en la cárcel, y se ordenó su traslado a Buenos Aires.

* * *

El viaje de Mendoza a Buenos Aires era penoso por el insoportable calor de las Pampas. En Buenos Aires fueron a parar a la cárcel de la Cuna.

Allí fueron sentenciados a dieciocho años de presidio en la costa patagónica, señalándoseles «por consideración» unas subvenciones anuales en concepto de alimentos mientras cumplían la pena.

Pemán nos describe así el presidio de Patagones, donde fueron destinados a cumplir la sentencia: «El presidio de Patagones era una pequeña y solitaria factoría militar, situada al sur del Virreinato, en los confines del Río Negro, sobre la costa del Atlántico. Se componía de una fortaleza no muy grande y varios aledaños de construcción baja, cercado todo por una tapia. Su destino, aparte de ser presidio, era servir de escala y punto de aprovisionamiento para los buques que subían o bajaban a Buenos Aires.»

Allí los tres prisioneros concibieron un plan para hacerse dueños del presidio, alcanzando su libertad y el restablecimiento en él de la soberanía de España.

Lo lograron realizar aprovechando la llegada de un bergantín inglés; en pocos minutos se hicieron dueños del fuerte en aquel «bello paso y golpe maestro», como lo llamó Ansay.

Torres y Liaño marcharon después a Montevideo, no sin correr nuevas aventuras marítimas que no detallamos aquí por no alargar excesivamente esta recensión del libro.

El Gobernador de Montevideo, D. Gaspar Vigodet, les recibió triunfalmente, publicando en su honor dos engolados y pomposos manifiestos exaltando su conducta.

Poco después de su llegada a Montevideo se reunió con ellos Faustino Ansay.

La paz que se disfrutaba en Montevideo, tan bien descrita por Pemán, se turbó pronto al saberse que los revolucionarios de Buenos Aires enviaban contra ella un ejército expedicionario al mando de Rondeau. Vigodet, encomendando al Coronel Ansay la defensa del fuerte del Cerro Grande, encargó a los

otros dos amigos, Torres y Liaño, que marchasen a España con pliegos suyos pidiendo refuerzos para defender la plaza de los rebeldes.

Con este viaje de regreso a la madre Patria termina la parte más interesante y más novelesca de la vida del biografiado, que nunca más volvería a América.

«Nos queda ahora por recorrer —dice Pemán— bajo el sol de España un camino más árido y pesado. Nos queda el eterno y castizo epílogo del héroe español vuelto de las Indias. El crepúsculo un poco largo y un poco melancólico, igual en tantas vidas españolas de diversos siglos: peregrinaciones de destino en destino y de empleo en empleo; memoriales inútiles en recuerdo de los servicios prestados; traslados, comisiones, solicitudes, pagas atrasadas, muchos azares, poco medro y quizá algún olvido e ingratitud...»

Torres y Liaño dieron cuenta de su misión a la Regencia. Esta se ocupó luego de las recompensas que para ellos pedía Vigodet, y que no eran otras sino la preciada cruz «orlada de lauros» de la Orden de San Fernando.

Favorable fué la acogida que la propuesta tuvo en la Regencia, y basándose en que el carácter civil de ambos funcionarios no debía ser obstáculo para la concesión, ya que eran oficiales reales y disfrutaban del fuero de guerra, se les otorgó la Cruz Laureada por Fernando VII en decreto de 29 de abril de 1814.

Los últimos años de la vida de D. Diego de Torres carecen de interés trascendental; faltan incluso los documentos necesarios para que el estudio de ellos pueda hacerse de un modo cabal.

Las desventuradas luchas políticas de aquellos tristes tiempos terminaron por llevar al destierro como emigrados políticos en París y Londres al ya ex intendente.

Volvió al servicio «purificado» en 1827. Muerto Fernando VII, es nombrado por la Reina Gobernadora Director general de Rentas, puesto en que le sorprende la jubilación en 1836.

Don Diego de Torres lleva un diario; en él anota los acontecimientos de España. Siguen las luchas: motines, pronunciamientos, guerra civil, cae la Gobernadora, cae luego Espartero...

Por fin, el 16 de enero de 1838, se extingue en Madrid la vida de D. Diego de Torres, el buen funcionario laureado, cuya juventud se adornara con los episodios ya casi legendarios de sus luchas en Mendoza en defensa de la unidad del Imperio que se desmoronaba sin remedio.

Pemán ha sabido componer una biografía amena sin pretensiones, escrita, como él dice, «llana y lisamente», que se lee con gusto.

La figura es interesante, pero lo es más aún el ambiente de los últimos días del Virreinato del Plata. Es un ambiente al principio patriarcal y apacible, un ambiente sereno que no parece predecir el inmediato fin de un inmenso Imperio.

Luego surgen repentinamente los días angustiosos «de apasionante inquietud y patriótica intensidad». Se desmorona en un instante la obra de tres siglos.

En aquel ambiente la vida de D. Diego Torres destaca como la de un patriota, leal, arrebatado a ratos, a ratos malicioso, hombre de mundo, buen caballero y buen cristiano; es un español de cuerpo entero.

ALBERTO DE MESTAS.

HILLAIRE BELLOC: *La crisis de nuestra civilización*. (Traducción por Carlos María Reyles.) Editorial Sudamérica. Buenos Aires, 1939; 331 págs.

Al tratar del naufragio de la creencia en la inmortalidad en el hombre moderno occidental, Max Scheller combate la opinión, aún hoy sumamente extendida, de que la ilustración intelectual, la ciencia y su progreso hayan podido destruir por refutación un sistema de creencias religiosas y la considera, pura y simplemente, como un prejuicio del racionalismo. La ciencia, afirma, suele ser el sepulturero, no el morbo mortal de la fe religiosa. El hombre moderno no cree en la supervivencia del alma en la medida en que no vive con vistas a la muerte; en suma, «porque niega en el fondo el núcleo y la esencia de la muerte». («Muerte y supervivencia», Madrid, *Revista de Occidente*, 1934.)

Esta afirmación del filósofo alemán puede ser considerada como la definición más aguda de lo que en terminología corriente se suele denominar «crisis». Los indagadores, pertenecientes en especial a la filosofía de la cultura, han analizado este proceso de maneras diversas y siguiendo los más distintos órdenes de valores: desde la inquietud metafísica, hasta la tormentosa angustia de la fe perdida y las soluciones positivistas de estructura atea, han sido innumerables las fórmulas de interpretación de este fenómeno de la «crisis» (Huizinga) o del «crepúsculo» (Spengler) de la civilización occidental europea.

El punto de vista de Scheller parece sintetizar, aun cuando constituye el fundamento de una teoría científica, epistemológica, de la muerte, la esencia y las causas de este proceso de disolución: la falta casi absoluta, en la conciencia del hombre occidental, de la presencia de la muerte y luego la natural pérdida de su fe.

A la misma conclusión llega Hillaire Belloc a través de una interpretación histórica tan aguda y comprensiva que merece toda nuestra atención.

Belloc es conocido en Europa desde hace tiempo, mucho antes de la aparición de *The Crisis of our Civilization*, entre otras cosas, a través de sus excelentes estudios históricos sobre Napoleón, Richelieu, etc., y sobre todo por el libro *Europe and the Faith* (Londres, 1924), donde desarrolla su ya famosa afirmación: «Europa volverá a la fe o perecerá» (pág. 331).

La presente obra contiene la materia de las conferencias dadas en la Universidad de Fordham, de Nueva York, entre el 16 de febrero y el 18 de mayo de 1937. El autor la presenta desde el principio como «una exposición histórica, cuyo propósito tiende a demostrar que nuestra civilización, es decir, la civilización de la cristiandad, que hoy abarca a Europa, especialmente el Oeste de Europa, que irradia desde ahí sobre el Nuevo Mundo y actúa como guía o instructora de otras culturas en Asia y en el Norte de Africa, ha llegado a una crisis que la pone en peligro de muerte».

Se propone describir cómo esa civilización surgió, las direcciones principales de su desarrollo, las instituciones que tuvieron su origen en ella, y fija como base de orientación de

su obra el estudio de la historia de Europa, interpretado como una elaboración de la Iglesia Católica, que, reuniendo e inspirando las tradiciones sociales del Imperio Grecorromano, impartió al conjunto de ese gran cuerpo una nueva vitalidad.

El libro contiene cinco grupos, que tratan, respectivamente, de: 1) La fundación de la Cristiandad, gracias a la conversión del Imperio; 2) el período que dura desde el año 500 hasta el año 1500 y que se puede clasificar en: sitio a la Cristiandad, culminación de la Edad Media, declinación; 3) la Reforma, es decir, la ruptura de nuestra sociedad, la destrucción de la vida social cooperativa y la creciente tiranía de la riqueza; 4) males sociales y morales después de la ruptura: esclavitud parcial del pobre, la reacción de esto, el Socialismo, el Comunismo; 5) remedios.

La posición de Belloc tiene el mérito de una interpretación nueva (interpretación histórica, la sola destinada, a través de un proceso de síntesis, a justificar las grandes convulsiones espirituales del mundo) del fenómeno de la crisis europea, diversa de las que presentan dicho fenómeno como producto exclusivo de la ciencia, del progreso, de las máquinas, del industrialismo moderno o de la aparición del espíritu burgués. Así, la crisis de nuestra civilización significa la crisis de la Cristiandad, en cuanto Europa es el núcleo, el campo vital de esta nueva realidad, decisiva en el mundo: la religión cristiana. Dos notas fundamentales destacan especialmente en el libro de Belloc: la función de la Reforma en el proceso de disolución de la civilización occidental, a través de la pérdida de la unidad y la descomposición de la cultura, y la existencia de una constante histórico-espiritual en el desarrollo de esa civilización, que consiste en el hecho de que siempre ha sido acompañada la pérdida de su asidero en las verdades espirituales por un rápido progreso del conocimiento procedente del exterior, en particular del conocimiento científico y del dominio del hombre sobre las cosas materiales.

Considerando el fenómeno de la crisis como un fenómeno de presión provocado por el equilibrio inestable entre las partes constitutivas y las circunstancias de diversa índole que actúan sobre aquéllas, Belloc se propone fijar unas normas para su reconstrucción, después de haber determinado, desde

el punto de vista histórico, las causas de la inestabilidad. Luego hemos de distinguir en este estudio dos aspectos: uno, causal e interpretativo, sintetizado en un examen histórico, fecundo, de las causas y del desarrollo y permanencia de la crisis; y otro, teleológico, consecuencial, pragmático, que, a diferencia del primero, carece de coherencia y a veces de sentido de la realidad, cuando sobre la base de un plan ingenuo y personal procura fundamentar en la doctrina cristiana la creación de una nueva estructura que logre casi infaliblemente el bienestar social en el mundo. Confusión fatal esta última, pues en este sentido concordamos plenamente con la tesis de Scheller, según la cual el amor cristiano no se concibe como un principio biológico, político o social, más bien se dirige al núcleo espiritual del hombre, a su personalidad individual misma, por la cual el hombre toma inmediata participación en el reino de Dios. Por eso nada hay más ajeno al sentido de Jesús —dice Scheller— que fundar en su precepto de amor un nuevo orden político o un nuevo reparto económico de la riqueza, mediante una u otra institución. El reino de Dios habita ya en el hombre, sin que esto vaya unido, para Jesús, a una determinada forma de las instituciones políticas o de estructura social. (Max Scheller, *El resentimiento en la moral*.)

El mundo grecorromano se presenta al examen de Belloc como un Estado mediterráneo universal, con forma permanente y garantía de una paz consolidada. Pero este gran cuerpo empezó a conocer desde su formación, debido a que su estructura, la substancia de su sociedad, estaba basada y arraigada en la esclavitud, una nota siempre más fuerte: la de la desesperación. Esta nota de angustia, especie de *taedium vitae*, se oye continuamente a través de todo el mundo pagano con todo su esplendor y su noble apreciación de la belleza y del orden. El resultado máximo de tal estado se advierte en la conversión del Imperio, la cual no fué un capítulo, ni tampoco un episodio de nuestra raza, sino la Cosa Determinante, una creación nueva no sólo en grado, sino también en calidad. El gran cambio vino a llenar ese doloroso vacío del alma, que era la enfermedad más grave de la antigua sociedad agonizante, para aliviar y disipar la desesperación, la carga más pesada impuesta por ese vacío.

Considerando la religión como el principal elemento determinante que actúa en la formación de toda civilización, Belloc ilustra la creación del nuevo tipo, dominante, de la civilización occidental a través de la aparición de la doctrina de Cristo. Contra la mayor parte de las doctrinas hasta ahora propagadas sobre la decadencia del mundo romano, Belloc afirma que no fué la propagación de la fe lo que socavó la alta civilización de la antigüedad pagana, sino que, al contrario, la fe salvó lo que pudo ser salvado. La Iglesia dió a este mundo arruinado una *inspiración* y una *visión* que habían muerto en él, una *unidad* y una *certeza*, y, sobre todo, un espíritu de *ecumenicidad* que el mundo no había conocido nunca y conservó lo que podía conservarse.

En los primeros cinco siglos de nuestra civilización se realiza el paso del paganismo al cristianismo, es decir, el Bautismo del Imperio, la manifestación más patente de la función de integración, o, mejor dicho, de *creación* de la nueva doctrina. Es este un período que conoce el desorden, la caída de las artes, de la poesía, de la alta administración unificada; pero al mismo tiempo conoce la *consolidación espiritual* de Europa, destinada a reemplazar la desesperación y la senilidad dentro de la cual la vieja civilización pagana había caído. Realizada la primera etapa, la Cristiandad continúa el camino hacia su asentamiento, bajo la influencia de la Iglesia Católica. Sigue el período de la «Edad Oscura» (500-1000), el período del «Sitio», realizado por los ataques contra el mundo grecorromano, transformado en fortaleza de la Cristiandad: el ataque de los piratas de Escandinavia y del Báltico, el de los mongoles paganos y de los eslavos, que pronto se diluyeron en las poblaciones autóctonas y fueron convertidos, y el del islamismo, de una importancia capital este último. El Islam se apoderó de Damasco, derrotando al ejército bizantino; invadió Siria y Mesopotamia, el Egipto, la costa del Norte de Africa, cruzó el Estrecho de Gibraltar, irrumpió en la Península ibérica y continuó, durante siglos, su presión contra Europa con los turcos, los cuales llegan ante las puertas de Viena. Sin embargo, «la presión y la lucha consolidó a la Europa cristiana en el molde donde se había fundido. Consolidó asimismo a nuestra sociedad y le dió esa forma que había de resultar vigorosa y perdurable, pre-

parándola para la gran expansión de la verdadera Edad Media» (pág. 95).

La sociedad de la Cristiandad, transformándose lentamente durante la presión de este prolongado «Sitio», desarrolló tres características peculiares, cuyas reliquias conservamos todavía hoy: 1) creó un sentido de la *unidad cristiana*, y particularmente de una unidad cristiana occidental; 2) produjo el *desarrollo de una casta noble*, procedente del prestigio de los guerreros que más se distinguían a medida que se prolongaba el sitio (surgió en la mente de los hombres el concepto de la «sangre» o «estirpe», algo así como una distinción mística entre una clase de descendencia y otra); 3) realizó una casi imperceptible emancipación de aquellos que habían sido esclavos en el antiguo tiempo pagano y que después permanecieron como tales durante muchas generaciones: una revolución profunda esta última, resultado de un proceso instintivo que transformó el esclavo pagano en el campesino libre, gracias a la religión. Comparando este proceso de transformación con el que sucedió lentamente a la Reforma, Belloc afirma: «Aunque gradualmente nos hemos transformado de esclavos en hombres libres bajo la influencia de la Fe católica, al perder esta Fe comenzamos de nuevo a volver sobre nuestros pasos. Con la decadencia de la religión, esto que nuestros reformadores ni siquiera sueñan aún, pero que va implícito en todos sus planes en forma ostensible, vuelve al Estado Servil, es decir, la sociedad fecundada y marcada con el sello de la esclavitud» (página 106).

El sitio de la Cristiandad termina con el triunfo absoluto de esta última. Entonces empieza la Alta Edad Media, la culminación de nuestra civilización, en honor de la cual Belloc compone un canto de exaltación mística. Período éste durante el que nuestro pueblo, nuestra cultura, alcanzaron su expresión más auténtica, cuando el efecto de la religión que nos formó llegó a su «plenitud total y victoriosa». Hemos de observar a este propósito que la palabra «civilización» representa aquí un concepto muy diverso del utilizado por Spengler, el cual cree que a la «cultura» va a suceder una época de «civilización», es decir, de «técnica». «Aquellos — dice Belloc — que no sienten la llamada de la auténtica Edad Media y sus corresponden-

cias con todo lo que es más fuerte en nuestra sangre, aquellos que se quejan de que les faltarían amenidades que ahora poseemos, olvidando también lo mucho que en otro sentido hemos perdido, tienen una comprensión mezquina de la historia» (pág. 111).

¡Es tan diversa esta constatación de la plenitud espiritual de la Edad Media, de la teoría de Ortega y Gasset de que la vida moderna se siente de mayor tamaño que todas las vidas, se siente más vida, después de haber perdido todo respeto, toda atención hacia el pasado y haber realizado una grave disociación de pretérito y presente! El europeo está solo —dice—, «sin muertos vivientes a su vera», en pleno actualismo. (José Ortega y Gasset: *La deshumanización del arte.*)

Sólo que, al final, tampoco al espíritu del gran ensayista español se le escapa el carácter de mera ilusión de esta plenitud de los tiempos cuando afirma (*La rebelión de las masas*, pág. 38) la dificultad de formular la impresión que de sí misma tiene nuestra época: cree ser más que las demás, y a la par se siente como un comienzo, sin estar segura de no ser una agonía.

Contra la opinión dominante durante los últimos siglos, Belloc reivindica con ardor y con acentos de verdadera inspiración la plenitud espiritual de la «Auténtica Edad Media» (siglos XI, XII y XIII). Desde el siglo XI —dice él— surge una creciente centralización del poder de la Iglesia. El espíritu que presidía este cambio era el de la Abadía benedictina de Cluny, de donde salió Hildebrando de Toscana (San Gregorio VII), cuyo nombre se asocia a la separación del Papado y de la Iglesia del control laico. Después de las conquistas normandas en Francia, Inglaterra e Italia —síntomas de nueva energía—, y del movimiento intelectual de los Albigenses (la primera grande herejía), surgen las Cruzadas, manifestación espléndida de vigor juvenil y de exuberante poder, el *Debate del mundo*, de Gibbon. En el siglo XII aparece la institución del Parlamento, la de las Universidades, la literatura vernacular, el estilo ojival, aparecen los primeros balbucesos para constituir las unidades nacionales en la Cristiandad y aumenta progresivamente el poder papal. Pero fué en el siglo XIII cuando la Alta Edad Media llegó a su culminación y se produjo el «momento principal

de nuestra sangre». La cultura católica alcanzó su madurez, como principio motor de una sociedad fundada sobre bases tan sólidas y tan compenetradas de justicia, como jamás la historia había conocido antes. Los principales conductores de esta época son: San Luis el Rey, Fernando de Castilla, Santo Domingo, San Francisco, Eduardo de Inglaterra y Santo Tomás de Aquino, que estableció durante ese gran período un cuerpo de doctrina y filosofía coordinada que ninguna otra época ha poseído.

A pesar del error fundamental de esta época —el de la Cuarta Cruzada y su detestable conducta en Constantinopla («prefiero un diablo sobre el altar de Santa Sofía, dice la sentencia tradicional, a un cardenal romano pontificando allí»), cuyas consecuencias aún sentimos en la aparente imposibilidad de reconciliar la Iglesia de Oriente con la Latina—, el siglo XIII fundó una concepción del Estado que parecía inmovible, una jerarquía de funciones estrictamente ligada a un esquema feudal y que constituye el tipo de nuestra sociedad hacia el cual los hombres han vuelto siempre su mirada. «El siglo XIII —concluye Belloc— se acercó más que otros a la regla de la justicia sobre la Tierra» (pág. 128).

Con el siglo XIV comienza la decadencia de la Edad Media, que terminará en el naufragio de la Reforma. Cuando la Cristiandad ascendía, se observaba una decadencia del poder material. En contraste con este período, en el final de la Edad Media observamos un progreso material del mundo, debido a los descubrimientos y a los progresos de la ciencia. (Con menos razón trata B., según nuestro parecer, de un progreso efectivo de las artes y, especialmente, de la pintura. Habrá, efectivamente, un progreso en la técnica de la pintura, pero este arte no podrá jamás subir las cumbres de elevación mística de Giotto.) Se produce una debilitación de la unidad de la Cristiandad y una «osificación» de la estructura orgánica de la Iglesia. Las antiguas restricciones protectoras se transforman en algo mecánico, las dudas y las extravagancias se extienden a través del cuerpo de la Cristiandad. Con la cautividad de los Papas en Avignon, la unidad pierde grandemente su prestigio, amenazada al mismo tiempo por el crecimiento de la conciencia nacional, por el aumento de la superstición y la desfigura-

ción de la historia a través de las leyendas. «Algo así como una tendencia universal hacia la herejía estaba en la atmósfera a medida que la Edad Media llegaba a su ocaso.» La asociación de la violencia y de los castigos horribles con el mantenimiento de la ortodoxia creció rápidamente durante el último período de la decadencia. La causa principal de la decadencia era la vejez, la mortalidad. La marea ascendente era por esencia una marea anticlerical y todo estaba listo para una explosión. «Habíase amontonado una buena cantidad de pólvora, y en cualquier momento un fósforo encendido podía provocar la explosión destinada a destruir la unidad cristiana» (pág. 156). Y la explosión sobrevino, y la llamaron «la Reforma».

Mientras Belloc atribuye una importancia relevante al desarrollo de un nuevo sentimiento *nacional y racial* del mundo germánico en la formación de la atmósfera favorable a la Reforma, y sostiene que el nuevo movimiento tenía detrás de él una verdadera «orgia del pillaje», no insiste (lo que perjudica a la visión de su obra) sobre lo que, efectivamente, es el origen y la causa primordial de esa rebelión, es decir, la formación del espíritu burgués y de la moral burguesa. La semilla de esta moral, que comenzó a desplazar a la cristiana desde el siglo xiv hasta que llevó a cabo su acción suprema en la revolución francesa, habrá de convertirse en una fuerza poderosamente influyente y transformará cada vez más la moral vigente. Fundada en el resentimiento, que ha representado, según la afirmación de Werner Sombart (*El Burgués*, Munich y Leipzig, 1913), «un papel en la historia del espíritu capitalista», esta nueva moral elevó a máximas de vida universales y valiosas los principios según los cuales la pequeña burguesía se conduce en su vida, y que tuvieron su origen en la necesidad misma. Basándose en la propensión a desconfiar radicalmente del hombre y de sus valores morales, esta nueva dirección espiritual lleva el brote del individualismo moderno, la negación del principio de la solidaridad, la doctrina de la igualdad moral de todos los hombres, la «subjetivación» de los valores. (V. Scheller, *El resentimiento*, etc.)

Continuando su exposición sobre las consecuencias de la Reforma, B. afirma que su verdadero organizador no fué Lutero, sino Calvino, que construyó una *poderosa contra-iglesia*,

y cuya doctrina se funda en el concepto de la representación revestida por la autoridad (padre de la falsedad parlamentaria) y la doctrina social de la riqueza. La antigua y bien asentada civilización medieval perdía su estabilidad y fué reemplazada por un estado basado sobre la competencia sin restricciones. Ese estado eliminaba la antigua idea de *estatuto*, y únicamente consideraba como cosa consagrada el *contrato*, provocando así el fenómeno del capitalismo industrial, con los gérmenes de la rebelión social. El autor examina bajo dos aspectos los efectos de la Reforma: el *aspecto político* y el *aspecto económico*. Contra la concepción del siglo XIX, él afirma que no son los fenómenos económicos las causas del cambio político, sino a la inversa. «En toda gran revolución de los asuntos europeos, primero aparece un cambio espiritual; después, y originado por éste, surge un cambio en la filosofía social; por último, aparece el cambio económico como resultado de la nueva estructura social» (pág. 167). A la ruptura religiosa sigue la ruptura política, y a ésta las consecuencias económicas relativas. La Reforma transforma la *sociedad propietarial medieval* (en la cual dominaba la libertad económica y subsistían fuertes lazos entre una clase y otra) en una *sociedad capitalista* (con la diferencia entre una minoría de propietarios y un cuerpo de mayoría de desamparados a la merced de aquéllos; con el control de la industria por organismos de crédito; con el control de estos últimos por un número aún más reducido de hombres de gran fortuna, con la creciente inseguridad e insuficiencia de los medios de vida de las masas y con su amenaza de rebeldía continua.) La Reforma empobrece las corporaciones, socava su autoridad moral, hasta convertirlas en una «pieza de museo». Sus consecuencias fueron universales: también las sociedades que no la conocieron directamente estuvieron contagiadas por la pérdida de unidad provocada por ésta. También en aquellas sociedades desapareció la antigua actitud mental llamada «Fe» y aparecieron los efectos culminantes de la Reforma: el capitalismo, el crecimiento del proletariado y la amenaza del comunismo.

Un análisis agudo de la sociedad capitalista acompaña, en las páginas que siguen, el estudio de las consecuencias de la Reforma. La consecuencia principal consiste en el reemplazo del *Estatuto* por el *Contrato*. Así, pues, aparecen: la usura, la

competencia, el proletariado, la banca, la máquina. Y en el campo ideológico: el concepto de protesta y el comunismo («último fruto de la Reforma, cuya victoria significaría nuestra muerte»). Todos estos males —escribe B.— pueden descubrirse, en cierto grado, en fecha anterior a la Reforma. Lo que la Reforma hizo es el florecer de estos males fuera de toda proporción: florecer en intensidad. La abolición del Estatuto medieval significa, por parte del hombre, la pérdida de una posición, de una condición establecida, conocida y aceptada, y luego la aparición, en la sociedad moderna, del *resentimiento*, como fundamento de las relaciones sociales. La usura y la competencia se convirtieron, con la Reforma, de meras excepciones que eran, en costumbres generales admitidas, fueron aceptadas y crecieron, llegando a cubrir todo el campo de la sociedad y a destruir, a través de un uso irrefrenado, el pequeño propietario en provecho del grande. A todo esto sobrevino el dominio de la maquinaria, espiritualmente mal administrada por la Usura y la Competencia, y el de la rapidez de las comunicaciones. El capitalismo no significa el derecho a la propiedad, sino un abuso de la propiedad, la propiedad «hipertrofiada»; una calamidad básica, gracias a la cual el período del «Capitalismo» debiera llamarse con más precisión el período del «Proletariado». Una sociedad capitalista no es definida como tal porque cierta proporción de hombres posea capital y haga uso de él, sino porque el número determinante de toda la sociedad es proletario. De aquí se deriva: 1) el sentido de injusticia suscitado en los hombres políticamente libres, pero desprovistos de toda libertad económica; 2) la protesta indignada del hombre explotado por otro más afortunado que él, sin ningún derecho, excepto su riqueza superior, para ejercer su poder. Males espirituales y materiales diversos surgen de este sistema: la inestabilidad, el divorcio permanente de la personalidad humana de la producción, el peligro de la destitución, la estandarización de la vida. En estas condiciones el capitalismo moderno se nos presenta como un fenómeno típico de la crisis, de la presión debida a la yuxtaposición de dos elementos incompatibles: la libertad política y la falta de libertad económica. La presión sólo puede suprimirse eliminando uno de esos factores incompatibles: o bien debemos devolver la propiedad a la mayoría de las fami-

lias que ahora son proletarias, o bien debemos suprimir la libertad. Este último método lo aplicó el comunismo, «descendiente natural del capitalismo», del cual tomó toda su moral, excepto las reliquias de la propiedad privada. Él se funda en el *materialismo* convertido en la filosofía de vanguardia del mundo occidental, con su propia cosmogonía, su propia interpretación del origen y de la naturaleza del hombre y, en consecuencia, su propio esquema económico y social. Los momentos sintomáticos de esta nueva filosofía son representados por la obra de Darwin y de Marx, respectivamente, en la biología y en la sociología. Tratando de la reacción del mundo contra este peligro decisivo, B. concluye: «Será necesario librar una *batalla universal*, y, en consecuencia, como todas las batallas universales, ella será motivada por filosofías universales. Debido a ello el conflicto se manifestará en forma confusa en muchos de sus resultados. Se verán extrañas alianzas y contra-alianzas (el autor afirmaba todo esto en 1937), una mezcla de motivos de toda clase de valores morales, desde el más bajo hasta el más alto, e individuos situados en *ambos lados* siguiendo aspiraciones nobles, instintos enredados, cayendo en las tentaciones más bajas y abominables, desde la satisfacción producida por el odio directo, hasta el deleite satánico en la crueldad. Pero mientras que estas luchas presenten un aspecto turbio y confuso como lo tienen todas las luchas universales, aparecerá en ellas con creciente claridad, a medida que transcurran los años, la división entre los dos espíritus esencialmente y superlativamente enemigos, tratando cada uno de aplastar totalmente al otro: *el de Cristo y el del Anticristo*» (pág. 259).

La última parte del libro, B. la consagra a una tarea muy ardua y luego muy falaz: la restauración, los remedios. Restauración que él, en un ímpetu de exaltación romántica de aquella admirable Edad Media, en la cual el Cristianismo conoció, verdaderamente, la elevación mística y la perfección, y hacia la cual nuestro espíritu volverá siempre en sus momentos de angustia y de sed divina, identifica con un retorno no sólo a los valores morales de aquella época, sino también a los núcleos de su organización social. Aunque partidarios entusiastas de los que niegan cualquier valor a la noción de «progreso», di-

fácilmente podemos concebir la posibilidad de un «ricorso» absoluto (según la expresión de Vico), de un proceso a través del cual sea posible «bruler les étapes à rebours».

El autor concibe tres grupos de reforma como remedios contra los peligros del comunismo materialista y ateo, destructor de la Fe Cristiana: 1) una *distribución mejor de la propiedad*, cuya reconstrucción él la cree posible mediante un impuesto progresivo sobre la gran propiedad, sobre la propaganda de las grandes empresas y sobre las transferencias; 2) un *control público* de los monopolios inevitables por parte del Estado y la dispersión de cualquier nueva tendencia de monopolio; 3) el restablecimiento de aquellas organizaciones y principios que sustentan el *concepto de corporación*. Sobre estos fundamentos —arguye él— podremos erigir un nuevo sistema fuerte y permanente, porque será justo y porque «estará en consonancia con la naturaleza del hombre». Con esto se alcanzará descartar el sentimiento insoportable de injusticia social y la protesta que amenaza llevarnos al naufragio. A todas estas realizaciones se oponen los enemigos del Catolicismo y la fuerza de la ignorancia. Para trabajar contra esos hay que usar de la *Propaganda empresa* (Belloc consagra una parte entera de su libro a una técnica, en este propósito, de la propaganda católica) y del *Programa*. Con respecto a la Corporación, prescindiendo o bien ignorando todas las realizaciones contemporáneas en este campo, atribuye Belloc a aquélla una función idéntica a la institución medieval homónima, consistente en el impedir que el hombre próspero pueda afectar la base económica de uno o más de sus compañeros en provecho propio. Proclama la institución de una corporación que *debe gobernarse a sí misma, debe ser limitada* (algo entre la corporación fascista y el sindicato vertical español), *debe ser una corporación de propietarios, debe contener una jerarquía de las profesiones y los deberes*. En suma: propaga un retorno casi total a la estructura y la técnica de la corporación medieval (págs. 300-304). Consideramos como obvia cualquier discusión a este propósito. Sin embargo, recordamos, como consecuencia típica de esta construcción, el hecho de que B. sostiene el retorno a la institución del aprendizaje, en la forma, pura y simplemente, en la cual la empleó la sociedad industrial medieval.

Para efectuar este proceso de restauración política, «para la restauración de la libertad económica», es necesario un restablecimiento, una conversión a la Cultura Católica. «Una nación o toda una civilización —concluye el autor inglés— pertenece a la Cultura Católica no cuando está enteramente o en mayoría compuesta por fervorosos creyentes, sino cuando tiene en su seno un *número determinante* de unidades, individuos, instituciones familiares inspirados y tenaces en espíritu católico» (página 307).

Por nuestra parte, rechazamos toda esta construcción destinada a dar una solución práctica a los diversos problemas sociales, así como rechazamos el concepto de felicidad económica y negamos la ecuación benthamiana de bienestar-felicidad. Basta a este nuestro mundo, atormentado por dudas e incertidumbres, una restauración de su seguridad interior y de su plenitud vital, y éste es el único provecho que podemos sacar del examen de esta crisis espiritual de proporciones históricas del mundo occidental. Por ello nos parecen altamente comprensivas las palabras del mismo Scheller, cuyo pensamiento hemos tenido presente en el comienzo de esta recensión: «La paz en la tierra que Él (Jesús) predica es una última tranquilidad beata, que debe *iluminar*, como desde arriba, toda esta lucha y contienda, a través de cuyas formas históricas cambiantes se desarrollan la vida y las sociedades humanas de modo que los fines por los cuales se lucha no sean nunca considerados como últimos y definitivos, sino que haya siempre en el fondo de las personas un lugar sagrado donde reinen la paz, el amor y el perdón en medio de la lucha y de la contienda.»

GEORGE USCATESCU.

PAOLO BREZZI: *La Diplomazia Pontificia*. Instituto Per Gli Studi Di Politica Internazionale. Milano, 1942.

Este libro de Brezzi es, probablemente, la historia más reciente de política vaticana que se ha publicado en Europa. Nos adelantamos a decir, que no es un volumen más entre los nu-

merosos que se han dado a la imprenta para denigrar o ensalzar alegremente los pasos diplomáticos sobre la tierra. Es un libro serio y tranquilo. Y además esmaltado de precioso interés. Como su autor anuncia, su designio estriba en ser una obra concienzudamente preparada, y, en efecto, parece muy a propósito para que se la tenga a mano en los estantes destinados a libros de consulta. Pero, a la vez, no está de más que se asomen a sus páginas los dedicados a estudios más ligeros, porque es don característico de los capítulos que Brezzi ha escrito, poseer una clara erudición de lo raro, que sorprende y encanta al mismo tiempo. Esto sugiere cuál ha sido el calibre de las dificultades que empresa tal habrá tenido que vencer.

La Diplomacia, como la Política, como la Guerra, constituye uno de esos temas que están perpetuamente a la orden del día. Y mucho más con el aditamento de sal religiosa. La Iglesia Católica es revelación de una Norma que incesantemente tiende a convertirse en vida. El Estado, la revelación de una vida que incesantemente tiende a convertirse en norma. La Iglesia no puede descender demasiado a intervenir en lo temporal, porque se desprestigia. El Estado no debe ascender demasiado a intervenir en lo espiritual, porque se pone en ridículo vanamente. La zona de interferencia de ambos poderes será amplia y difusa, y se comprende fácilmente que haya sido testigo de disputas enconadas y memorables. Desde sus albores, la Santa Sede, en sus relaciones con los Gobiernos civiles, ha suscitado tal floración de comentarios que a estas alturas parece difícil añadir cosa alguna. Han sido definidas sus características; registrada su evolución; reseñadas las influencias que la afectan. Sin embargo, el tema sigue siendo un ave de raro plumaje. Sería lamentable considerar como fuente de enseñanzas libros hechos a ojo de buen cubero, enderezados a formar parte del ataque sistemático y mezquino, contra el depósito divino y humano que custodia la Iglesia. Por otra parte, la idolatría fuera de lugar deslumbra la retina y pulveriza la serenidad. Así, aunque a primera vista parezca inexcusable que estemos suficientemente informados sobre fenómenos históricos de tan enorme dimensión, andamos bastante a tientas todavía, porque ni la cantidad ni la calidad del esfuerzo ha sido la debida, cuando, desde luego, la masa de fragmentos conservados es

tan considerable, que permite una fértil labor de combinación reconstructiva. De ahí la admiración y la generosa envidia que el lector «amigo de mirar» siente hacia este profesor italiano, que ha prestado atención con pupila de cazador, a ese legado incomparable de vida política que nos resucita con cierta magia. Resulta, que los actores y sucesos que desfilan ante nosotros, por remota que sea su fecha, son nuestros contemporáneos. ¿Cómo es esto posible? Pues, sencillamente, porque el reino de lo que nos cuenta es siempre el de la humanidad viviente, y a nosotros, los que vivimos, es a quienes hablan ahora. Las huellas humanas y políticas se agostan con el transcurso del tiempo; pasan cuando exclusivamente conciernen a la porción efímera de la existencia humana; no a sus perdurables esencias. Pero en los hechos vivos reconocemos esencias que se filtran a través de toda experiencia terrena, desafiando la fugacidad del reloj, con virtualidad suficiente para que apenas encontremos en ello cosa alguna que nos parezca extraña o peregrina. Ello subraya el valor más substantivo de este libro, que, redactado con diálogos y notas de hace muchos años, parece inspirado en la actualidad. Y como en el torrente que la imprenta desde hace dos siglos descarga sobre el paciente lector las calidades y los rangos suelen confundirse, conviene hacer constar que el signo de la alta inteligencia no es otro que anticiparse al tiempo, infundiendo un soplo de eternidad a las flores de un día.

Al recorrer el libro de Brezzi, salpicado de sugerencias atractivas, pasa una vez más ante nosotros la cinta cinematográfica de los últimos siglos, durante los cuales la Navecilla de Pedro dió muestras de una prudencia y de una sagacidad admirables. Siempre azotada por furiosos temporales y sin zozobrar jamás. «Que la política de la Iglesia es una obra maestra de la humana sabiduría es un hecho probado, y sólo así se comprende que haya podido resistir los ataques de que ha sido blanco, y como además la experiencia de doce siglos llenos de grandes acontecimientos, y los asiduos afanes de cuarenta generaciones de hombres de Estado han logrado perfeccionarla más y más, merece ocupar y ocupa, en efecto, el primer puesto entre los organismos inventados por el ingenio humano para regir los destinos del mundo», dijo el célebre escritor protes-

tante lord Macaulay. Esa rápida ojeada y panorámico espectáculo de tantos años, nos hace pensar en la gigantesca mole de ansias, ilusiones, esfuerzos, genialidades, destrezas, caídas y alzamientos, sacrificios, disputas, entusiasmos, odios, amores, muertes, exaltaciones que la historia diplomática condensa. Hecha esta lectura en tiempos como los actuales, tan dramáticos y duros, que por fuerza nos llevan a rigurosos balances, cerramos el libro con una impresión melancólica y nos preguntamos: ¿de qué han servido todas las enseñanzas pretéritas? Y entonces nos sorprende con especial vehemencia caer en la cuenta de que en el fondo los hombres apenas si han cambiado, apenas si ha fructificado en ellos la experiencia. Aunque parezca mentira, la anatomía de cualquier capítulo de historia política nos deja completamente a la cuarta pregunta sobre el papel efectivo que los talentos diplomáticos han tenido en las realidades históricas, de suerte que oscilamos ridículamente entre pensar que las figuras decorativas han sido lo más importante que en cada época aconteció, o interrogarnos hasta qué punto habrán sido la mosca del coche. Pero instrumentos útiles o no «para hacer murallas en el camino de las Indias», los hombres que sirven para negociar tienen dones de elegidos, como en la inspiración melódica, como en la valentía personal, como en el saber mandar. La misión diplomática es un esfuerzo de natación que procura flotar sobre un mar encrespado de dificultades y peligros, o con otra imagen, el tratamiento a que los políticos someten las terribles heridas abiertas por las dagas de los contrarios. Esta vaporosa tarea no consiste, como el vulgo sospecha, en hacer que lo blanco se vuelva negro, sino en que la negrura que la cosa blanca pueda tener en forma de mera posibilidad quede liberada, para serlo efectivamente.

Existe durante toda la Historia europea una función dual de tradición y de cambio, como no se encuentra en ninguna de las civilizaciones ajenas a la nuestra. Sólo Europa, entre los grandes grupos humanos, es capaz de transformarse a sí misma incesantemente, en virtud de cierta fuerza creadora que le viene de dentro. Y sólo el Occidente —como advierte Belloc— tiene el don de moderar la violencia de esta energía, de conservar sus gracias antiguas, y merced a una especie de instinto

cuya exteriorización es unas veces repentina y otras lenta, tiene también la singular virtud de eliminar aquellos productos de su energía que pudieran resultar nocivos para su salud. Estas dos fuerzas no son igualmente visibles; la fuerza que nos defiende, como centinela alerta, es silenciosa y late debajo de todos nosotros; la fuerza que nos hace distintos y nos lanza a unos contra otros, brilla en súbitas cimas de actividad humana. Los agentes y las manifestaciones de la fuerza que nos preserva no aparecen generalmente en nuestra larga historia como figuras de primer orden o sucesos muy notables. En cambio, los agentes y las manifestaciones de la fuerza que perpetuamente nos transforma son fechas catastróficas o personajes que reclaman tras de sí toda nuestra atención. La potencia que ha impedido que perezcamos, usa servidores a menudo impersonales, y sus efectos son raramente perceptibles hasta que se manifiestan como luna que sale de entre nubes, ya sólidos y establecidos por un proceso que se puede llamar de crecimiento. El poder que mantiene la masa en movimiento, el poder que ha ganado o perdido las batallas, el que ha fraguado las filosofías, el que ha impuesto las formas de gobierno, llena de punta a cabo las páginas lúcidas de nuestra Historia. No es posible mirar bien las naciones de Occidente sin tropezar con la unidad tras ellas operante; ni es posible observar esta unidad europea concretamente, y no sólo en mera frase, sin descubrir dentro de ella la perpetua agitación de su pluralidad interna. Esta incesante dinámica entre la unidad y la pluralidad constituye, a mi parecer, la verdadera óptica bajo cuya perspectiva hay que definir los destinos de cualquier nación occidental. La prueba más sólida de ello se levanta ante nuestros ojos en las horas mismas que estamos viviendo.

Pero entre tanto, el mundo camina y las circunstancias se hacen otras, y las persecuciones y los cismas y las herejías contra aquel Espíritu se renuevan, y guerras y paces se suceden, presentando nuevos aspectos cada vez desde la cresta de la ola. De ahí la necesidad que tiene la Iglesia de ese buen andar diplomático que los Nuncios suelen llevar por el arrecife de sus vidas, envueltas en hábitos de color carmesí. Hay, sin embargo, en esta oscura tarea de conservar a Euro-

pa, algunos hechos excepcionales cuya fecha es clara, siendo sus resultados inmediatos y sus autores conocidos. Entre otros ejemplos tempranos, podríamos citar la victoria de Constantino en el siglo iv, y la derrota de Abderramán en el viii. Y en la época moderna, nos sale al paso el cisma religioso del siglo xvi. Si aquella gran perturbación de la Reforma, que amenazó tan gravemente a la cultura de Europa, que mutiló para siempre la vida del Renacimiento y que sólo en nuestros días ha empezado a calmarse, hubiera roto las puertas de Roma, puede con razón afirmarse que la civilización europea habría perecido. No habría quedado a orillas del Mediterráneo una reserva fresca de energía, capaz de volver a vivificar el Occidente. Este pecado de la Rebelión, el mayor de todos, condiciona y explica las revoluciones políticas que vienen detrás, como su cortejo inevitable. Y así se comprende que para Paolo Brezzi, la moderna diplomacia Pontificia, arranque de los diálogos que los enviados papales sostienen con Lutero. La Santa Sede, percatada del peligro, ve en esta oportunidad de concordia un relámpago de ocasión que es preciso aprovechar.

En su Introducción hace Brezzi un resumen acertado de la evolución que ha tenido la historia de las Nunciaturas a través de las edades. Admitidas al fin las credenciales de una representación oficial de la Santa Sede, cuyo reconocimiento internacional fué combatido con igual calor por parte del regalismo y del liberalismo, comienza seguramente siendo el «apocrisario» residente en Constantinopla, el primer diplomático pontificio acreditado cerca del Emperador de Oriente, donde la sabiduría romana triunfó casi siempre sobre las astucias bizantinas. No es aún propiamente aquello una función diplomática. A lo sumo puede hablarse de ella en la baja Edad Media, cuando aparecen los legados apostólicos. Pero esta noción de «legado» tiene muy poco que ver con la de un moderno diplomático. Es más bien un encargado efímero de misiones limitadas y concretas, que en seguida rinde su viaje como eclipse que ha cumplido su parábola... Más tarde empiezan a salir por todos los caminos de Roma agentes fiscales «*commissarii decimarum*» con el encargo de recoger el décimo y de proveer a la tupida red de problemas financieros que suscitaban los beneficios eclesiásticos. Tras ellos nos ciega un poco la polvarera de disputas, que

originaban sus encuentros con legados impacientes y celosos de su autoridad.

La ingente renovación política de la edad moderna, que obligaba a plantear en nueva forma y desde otra vertiente los asuntos de Estado, llevó a la diplomacia pontificia a otros parajes más estables. Era necesario pensar en una representación fija y continua, dotada de la mayor capacidad. Bastó la leve brisa renacentista para que se modificase radicalmente la figura hasta entonces presentada de enviado pontificio. Sin embargo, los Nuncios recién nacidos, aparecen en la escena política avanzando a paso de carreta. Quiere esto decir, que los Nuncios fueron marcando sus líneas muy lentamente, temerosos de resbalar en los salones de unas Cancillerías que muchas veces eran el panorama de la demencia humana. Desde que Castiglione fué representante papal, hasta los actuales decanos del Cuerpo Diplomático, hay un gran trecho que la pluma de Brezzi lo hace entretenido y ameno. Como nota común a todas las estaciones del recorrido, se ve brillar la consigna de San Gregorio Magno: «*Cor machinationibus tegere, sensum verbis velare, quae falsa sunt vera ostendere, quae vera sunt falsa demonstrare.*» Este viaje literario deja una impresión singular; está descrito con una especie de medida y de arte que hace valer sin sombras el talento de los demás; tiene el buen gusto de la expresión escogida; no le falta tampoco «ese aroma impreso de lo vivo». Parece que acabamos de dejar con la palabra todavía en la boca a Moroni, ilustre purpurado en el Concilio de Trento; a Bentivoglio, dando toques en sus célebres Memorias; a Carafa, a Chigi, el futuro Alejandro VII; a Passioneri, hábil negociador del Tratado de Utrecht; a Meritevoli, alzando su mano de hierro y su mente de oro frente a una opinión pública hostil, y a tantos y tantos otros diplomáticos pontificios posteriores que, como en el telar, anudaron con un solo golpe mil hilos. No faltaron algunos, es cierto, que vinieron a ser leña en la hoguera de los fracasos. Pero sin que el humo llegue a empañar las glorias de otras Eminencias Grises de ojo claro y frío, implacables en el ver, que miran desde lejos los atributos terrenos, dotados de sin igual perspicacia para otear los cambios de los tiempos, que entran en el fragor de las contiendas con el ánimo sereno de quien, por haberlas ya percibi-

do, las tienen resueltas; que ponen una destreza parecida en la concesión y en la firmeza, que no se dejan sorprender jamás. No es raro que desde sus remotos puestos oficiales desciendan como águilas sobre presas muy rebeldes y tenaces, y luego levanten el vuelo llevándose en las alas éxitos muy caros para toda la Cristiandad. Podría yo continuar y traer aquí muchos lindos pormenores, pero prefiero remitir a los curiosos al libro; hallarán en él mil cosas que no tengo ahora tiempo de tocar.

Como es sabido, la autoridad del Nuncio es delegada, y, por lo tanto, la amplitud de sus movimientos y la fuerza de su prestigio están pendientes de un hilo: del hilo telegráfico que una las oficinas de la Nunciatura con la Secretaría de Estado. El Santo Padre, guiado por los informes que recibe, puede armonizar todas las operaciones de la negociación con el discernimiento más seguro; y el poder absoluto que tiene le pone en situación de dirigirlos con calma, y de afianzar la ejecución y el efecto. Será, pues, en los intercambios epistolares entre Roma y sus Representantes, en las instrucciones que da el Papa y en los informes transmitidos por los Nuncios, donde encontraremos preformada la curva de la evolución política del Vaticano, como es en la curvatura de la espiga donde adivinamos el sesgo de los vientos reinantes. Esa enorme correspondencia diplomática de la Santa Sede constituye una fuente histórica de primer orden, y representa un tesoro de sabiduría y de experiencia sin par. No es extraño que Brezzi se haya dirigido con esa atención que da puntería a la mirada, al admirable Archivo Vaticano, fundado por Paulo V en 1611. El libro casi se reduce a ordenar cronológicamente los documentos de más relieve firmados por los Nuncios durante los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, y a introducir una lamparita eléctrica en los sótanos de las principales cancillerías para iluminarnos mágicamente la entraña de las políticas religiosas en sus más secretas operaciones. Para ver lo que nos ofrece, no conviene abrir muchos ojos, como quien persigue la línea pura de un perfil, sino más bien entornarlos, como gesto de pintor, con el gesto de nuestro Velázquez mirando a las meninas, a los enanos y a la pareja real. La Historia suele apagar la luz en la hora de sus graves mutaciones, como en el teatro se hace la obscuridad en

el momento de cambiar la decoración, y quien no sabe ver con los ojos entreabiertos no se entera de lo que pasa. Esto quiere decir, además, que en temas de tal delicadeza histórica el autor tiene que ir con intención analítica más bien que narrativa. Tiene que contemplar los hechos por dentro, dotarlos de transparencia, depurar su convexidad, para que nos sirvan como nuevos órganos oculares, como lentes de aumento que esclarezcan la pululación innumerable del resto. Sólo mediante el análisis podemos extraer a los acontecimientos algún jugo. A la Historia, como al limón, no le basta hallarse ahí para que rezume: hay que exprimirla. Esto en parte, y sólo en parte, es lo que hace Brezzi.

Pero a lo que iba. Quedamos en que las cuatrocientas y pico de páginas que forman este Estudio Político vienen a ser una especie de sinopsis del mundo que ven los Nuncios en las últimas centurias. Yo no puedo, claro está, detenerme ahora en cada uno de los relatos de estos ilustres diplomáticos inadvertidos, testigos de excepción. Al azar, como muestra, elijamos dos capítulos, y destaquemos un poco la línea zigzagueante de los brotes y retrocesos de la negociación diplomática a que se refieren.

Estamos en el capítulo XXIX de la obra. Se titula: «Dos coloquios tempestuosos con Napoleón». Bien seguro estaba Brezzi que con esta portada ganaba en seguida nuestro interés. Es un capítulo que nos retrata de cuerpo entero al gran corso. Lo imaginamos en uno de aquellos días agitados que llenan su vida, desde el principio hasta el fin, con una sola palabra: lucha; lucha siempre a lo largo del camino, sin tregua, sin descanso. Lo vemos en el histórico despacho berlinés de Federico II, en el centro de la estancia, con las manos atrás, multiplicándose para hacer frente todo con la rapidez y la agresividad del rayo. Si pudiéramos mirar aquel mundillo interior al trasluz, veríamos lo que se ve en una gota de agua a través de una lente microscópica: infusorios que van y vienen, entran y salen, abren mapas y guardan papeles, chocan y se unen, gesticulan y sonríen. Son las audiencias del Emperador. Cuando uno de estos infusorios es su excelencia el representante de alguna potencia extranjera, entonces Su Majestad, con vena más ligera, vuela como un bri-

Hante insecto entre las palabras de la conversación, pero de ningún modo desprovisto de aguijón. En la mañana del 12 de noviembre de 1806, previamente citado, se hallaba en la antecámara departiendo amablemente con Talleyrand, el Nuncio en Dresde, Monseñor d'Arezzo. Un gusto refinadísimo, un juicio ponderado, un entendimiento agudo, una pasión inflexible, un hombre que conocía con desusada claridad el terreno que pisaba; todo eso era Monseñor. «¡Ah, Monseñor Arezzo!, ¿de qué país sois?», fueron las primeras palabras de Napoleón, que no tardó ni dos segundos en irse al grano. El grano era el de siempre: la cuestión relativa al poder temporal y a las relaciones del Papa con los enemigos del Imperio. El tono del Emperador era el de un jefe que crudamente da órdenes sobre la política religiosa del Pontificado. Y de la pregunta «¿qué piensa el Papa hacer en Rusia?», pasó a probar al Nuncio «que todos los agentes y ministros vaticanos eran sus enemigos». In crescendo, «aseguraba —consigna el informe eclesiástico— que en Roma hacía tiempo que habían perdido la cabeza». Pero inesperadamente el coloquio fué adquiriendo matices conciliadores, según era costumbre en Napoleón, y al terminar Monseñor pudo decir a Roma que, si bien el exordio había sido un tanto brusco, con «espíritu empapado en ácidos corrosivos», la acogida había sido franca, y los saludos finales hasta cordiales. La perspicacia del Nuncio caló en seguida que el caballo de batalla eran las heridas italianas que en los agentes pontificios había abierto la espada del conquistador de su país, y noblemente advierte en la comunicación al Papa que se vió «muy apurado para dar a veces las respuestas convenientes al Emperador».

La referencia del segundo coloquio, celebrado un año después en París, es el Cardenal Caprara quien la firma. El Emperador repite las listas de sus obsequios a la Religión, pero se muestra inflexible y colérico en la cuestión temporal de la política vaticana. El Cardenal, que sabía de memoria cómo y cuándo había que cambiar si aparecían vientos de fronda, no acertó con la manera eficaz de llevar a su ánimo las favorables intenciones de Pío VII, y como un fantasma la palabra fracaso, aún imprecisa como luz de madrugada, apareció sobre los muros del palacio. ¿Cuáles fueron las causas personales y exter-

nas, que le robaron a este genio de la estrategia el premio de una inteligencia con la Iglesia Católica? Seguramente no habrá un análisis político más rico en enseñanzas. Napoleón vió demasiado tarde que desde Diocleciano hasta Bismarck, la lucha contra la Religión es un blanco invisible.

Vamos a detenernos en el último capítulo de Brezzi, el XXXIV, que nos brinda la oportunidad de ver aparecer la figura de Príncipe de Metternich. Se trata de una preciosa relación del Nuncio en Viena, Monseñor Altieri, al Cardenal Secretario de Estado, Lambruschini, escrita el 5 de noviembre de 1843, en vísperas de la revolución nacional italiana, después de permanecer dos horas con el ministro austriaco. Metternich fué el más antiguo entre los modernos diplomáticos, y a fuerza de talento, de ingenio, de golpes de vista, descubrió y completó un método de «gobierno por medio de relaciones exteriores», encendiendo faros que alumbran todavía. Conocía la fuerza y el secreto de los hombres que saben ser a un tiempo locuaces y circunspectos, y cuando por las noches se movía sigilosa y tácticamente alrededor de los salones, hasta este recreo parecía consistir en una mezcla de instinto y de estrategia. La sagacidad que le llevó al éxito se revelaba de mil modos distintos, y así, por ejemplo, en la carrera diplomática, donde toda originalidad es mirada con terror, pudo exagerar sus gustos personales hasta más allá de lo excéntrico. Su estrella declinaba ya cuando Monseñor Altieri le escuchó sus impresiones melancólicas acerca de Italia en la vigilia misma del 48. Italia y Austria venían a ser por entonces, como antes y después, en sus relaciones mutuas algo así como el agua y el fuego. Muy rara vez sonaba la hora en que la sombra de uno de estos dos astros europeos cubriese tan de lleno el disco del otro, que los contornos de ambos intereses nacionales se identificasen. Por eso se comprende que a las puertas mismas de la unificación italiana, Austria se considerase más alarmada que nunca. Metternich, para conjurar los peligros de los revolucionarios, alentados por los agentes secretos de Inglaterra, y para impedir que Francia le derrotase en su propio juego, propuso al Nuncio que Roma, como centro responsable, se encargase a la vez de coordinar las medidas políticas de defensa y de obstaculizar la unidad del Reino. Cuando al tocar el tema de Francia Monse-

ñor le advirtió que «quizá dando una mayor libertad y flexibilidad a las relaciones de Austria con Italia la antipatía hacia lo germano cesaría», el viejo ministro negó con la cabeza, «y en todo caso —repuso—, son fatalidades que no está en mi mano el poder cambiar». La idea de Metternich no pareció mal al representante pontificio, que se apresuró a ponerla en conocimiento de la Superioridad; pero el mosaico italiano de Estados independientes tenía sus horas contadas, y la Casa de Saboya aplastó, como lo hace el canto de una teja, las ambiciones del transeunte austríaco.

Y en esta mitad del siglo xix cierra Brezzi con la palabra Fin su *Diplomacia Pontificia*. Es otro de sus aciertos. Cuando un problema político es demasiado inmediato sobreviene el atropellamiento mental y no logramos ver la realidad. Es preciso que entre el conflicto y nosotros circulen el aire y la luz. Sólo así puede intercalarse entre la urgencia y la lejanía la específica función de pensar y conocer. Pero al llegar aquí tengo que permitirme insinuar alguna que otra observación al trabajo de Brezzi. Las discrepancias surgen al examinar cómo ha entendido el autor que debía manipularse sobre el tema. ¿No se habrá aproximado Brezzi a las realidades de la diplomacia vaticana con exceso, de suerte que no las ha podido ver enteras? ¿No habrá aislado cada trozo, cada negociación, más de lo justo y, al aislarlos tanto, no las habrá arrancado porciones importantes de su verdad? Por desgracia, Brezzi no ha intentado aclararnos las grandes ocasiones en que Roma se ha enfrentado, no contra las intransigencias de este o de aquel país, sino contra Babel, su eterna, su mortal enemiga. Si se hiciese con alguna seriedad este examen, resultaría patente cómo la historia europea no ha consistido sólo en las luchas solapadas de unas cancillerías con otras, sino que además hubo una lucha, llena de vicisitudes, entre una o varias naciones y la Cristiandad, en cuanto unidad envolvente. A veces es la pluralidad de naciones quien predomina, y entonces tenemos a los diplomáticos a la caza del equilibrio, que es un invento moderno vistoso como un faisán; otras es, por el contrario, la idea imperial quien somete a homogeneidad las figuras divergentes. Sin tener este corte de cuentas en la mano, no se puede llevar a buen término la imagen de ciertas épocas y

de ciertos hechos. Por ejemplo, la edad contemporánea es un tiempo en el que toca a sus postrimerías la secularización de Europa. ¿Es posible, sin subrayar esto, entender bien lo que fueron, lo que son, las metas de la diplomacia pontificia? ¿No queda esta enorme idea un tanto abandonada en las páginas de Brezzi?

Lo propio acontece con el ocaso del poder temporal de los Papas. Como un inmenso panorama se halla el universo político en relieve ante nosotros; pero en cada hora sólo una porción de él existe para los Gobiernos. La atención del estadista peregrina como el reflector de un navío sobre el área infinita de los problemas, iluminando unos y obscureciendo otros. Esa peregrinación del atender constituye la historia política de los pueblos. Cada época será, pues, un sistema de preferencias y de cegueras. De modo que si dibujamos el perfil de sus miradas tendremos cautivada en la prisión de una cuartilla el espíritu que alienta en cualquier fracción de siglo. Sin que lo declare, palpa Brezzi que la etapa diplomática que nos precede se caracterizó en parte no pequeña por un régimen atencional muy curioso, que puede resumirse bajo el nombre de «guerra al poder temporal del Vaticano». ¿Por qué? Esto Brezzi no lo dice. Se guarda el secreto, como hacen los buenos prestidigitadores. ¿No es verdad que sorprende un tanto ver que el libro vacila ante un hecho de este calibre, que abre toda una nueva etapa de la historia diplomática vaticana?

Puestos a pedir, yo hubiera celebrado que la obra de Brezzi anticipase un poco más de horizonte del que hoy tenemos a la vista. ¿Adónde vamos? Jamás fué más difícil de predecir la respuesta. Ahora el problema está más allá de las fronteras de cada uno, y es preciso sacudir los esfuerzos, detenidos por el feroz viento de desánimo que sopla del continente. Los pueblos y sus conductores, absorbidos por los afanes y cuidados de la tragedia, sólo oscuramente se percatan del sendero que empiezan a pisar. Miramos atrás y vemos que los cambios se aceleran. El principal, emerge súbitamente con la gracia de una costa virgen, y no es otro que el del muchísimo mayor número de personas que dentro y fuera toman parte más activa en la vida humana. Ante pareja situación, se me ocurre que es seguramente la sensible antena del Vaticano la más a propósito

para arrancarle los secretos a la esfinge. Otra vez, y más que ninguna otra vez, la diplomacia pontificia tiene ante sí esta formidable tarea: hacer avanzar la paz justa y durable sin que pierdan vitalidad los cristianos valores de la cultura europea, en que ha consistido la riqueza y el brío singular de nuestra historia.

Yo hubiera deseado hablar largo y tendido del manejo que han hecho las grandes políticas del arma diplomática. Es tal vez el tema que más agita los rumores de mi selva interior. Después podríamos contemplar desde esas cimas cuán sorprendente y misteriosa es la compacta solidaridad que cada período histórico mantiene en todas sus manifestaciones. Luego convendría desarrollar tan sugestivo tema, y ver cómo sin darse cuenta de ello el diplomático aspira a realizar con negociaciones, exactamente los mismos valores que el pintor, el dramaturgo, el militar, sus contemporáneos. Pero ¿cómo plantearse este asunto sin dar unos toques previos a la diferencia que implica el que sea un hombre de la estepa, de la montaña o del mar, de Iglesia o de logia, aristócrata o burgués, apacible o exaltado, el que tenga que firmar los despachos reservados? Para entenderlo sería preciso sugerir también por qué el diplomático profesional tiene unas claves que son signos chinos para el ajeno, por qué orientase hacia el sur cuando los demás lo hacen hacia el norte, por qué le interesan más las fachadas que los cimientos, por qué sonrían cuando los otros palidecen; en fin, por qué cuando quieren decir que *no*, hacen los mismos gestos que nosotros cuando queremos decir que *sí*.

LUIS BENÍTEZ MÍNGUEZ.

CHARLES DE CHAMBRUN, Embajador de Francia: *A l'École d'un Diplomate: Vergennes*. París. Plon, 1944.

Los estudios sobre la balanza entre las Potencias acaban por ser, en fin de cuentas, un examen de la diplomacia de las grandes monarquías armadas basadas en el sistema del Tratado de Westfalia (1648), convirtiéndose Francia, como principal auto-

ra del equilibrio europeo y del fraccionamiento del Imperio, en el centro de todas las negociaciones para la perpetuación del *status quo* westfaliano. El siglo XVIII es así la época de las ambiciones sin escrúpulo, y aunque llamado por sus entusiastas el "siglo de las luces", fué, en realidad, una serie casi continua de jugarretas y alevosas traiciones, bien alejadas de las suaves umbrías de Watteau y de las melodías de Mozart, consideradas gracias a ese escamoteo de la realidad vigente como el "estilo" de la época.

Dentro de aquella orientación encaja claramente el libro publicado hace unos meses acerca del Ministro de Negocios Extranjeros de Luis XVI, Vergennes, por Charles de Chambrun, hoy día Embajador de Francia, que, según recuerda en el prólogo de su obra, recorrió durante su carrera muchos de los puestos (Constantinopla especialmente) donde pudo desplegar Vergennes sus dotes diplomáticas.

Redactado en plena etapa del derrumbamiento francés de 1940, cuando la sucesión ininterrumpida de desgracias y golpes trágicos para su patria hace despertar, en un ambiente de forzada reclusión y silencio, la meditación sobre la historia y la grandeza de su país, es esta obra una prueba valiosa y densa de las altas cualidades conseguidas en el servicio diplomático francés por la admirable formación de sus funcionarios, inspirada en el estudio profundo de las humanidades y en la exacta ponderación del dato histórico. De ahí que este estudio, cuajado de información y profuso en experiencias, pueda ofrecer al lector amenidad en la exposición del momento político y de las múltiples vicisitudes de los asuntos diplomáticos planteados. La carrera de Vergennes nos permite recorrer Europa desde Lisboa, todavía emporio del comercio marítimo en época de la famosa "locura áurea" de Don Juan V de Braganza, pasando por Constantinopla en los momentos en que se inicia la decadencia del antaño poderoso Imperio otomano y el reflujó de su prepotencia militar en la Europa suroriental, hasta llegar al Versalles de los últimos días de la Monarquía, después de haber presenciado episodios de la Corte de Estocolmo en aquella "revolución desde arriba" que descargó sobre la Dieta Gustavo III, típico representante del dieciochesco despotismo ilustrado.

La tesis general que se desprende de ambas "biografías", la de Vergennes por un lado, y la del sistema francés de alianzas por otro, viene a ser que la política internacional es quizá de todas las actividades humanas aquella que exige el mayor grado de entrenamiento y, valga la palabra, de tecnicismo. No caben en ella ni meros entusiasmos ni esas fórmulas que no son en realidad sino tópicos fáciles de expresar cuando se dirigen a un auditorio nacional cuya adhesión a los mismos es notoriamente conocida y siempre descontada. Si bien es el fervor hacia la patria el elemento más valioso para la práctica certera de una política internacional, no puede prescindirse de otros factores de la conducta, como son una densa doctrina y jurisprudencia histórica sobre los fines a perseguir en la actuación exterior de un país determinado, y muy especialmente un enorme conocimiento de los hombres de muy diversas latitudes, una experiencia derivada del contacto reiterado y sin descanso con los elementos representativos de las demás potencias; es decir, en suma, "soleza", el estilo y la tónica decantados por un tejer y destejer de muchos años.

Para llegar a ser el maestro que desde la Cancillería francesa dirige los destinos de la Monarquía en la jugada cumbre que el Gabinete de Luis XVI se decide a dar contra su centenaria rival Inglaterra con ocasión de la rebelión de sus colonias de Ultramar, hizo falta que el inexperimentado Secretario de Embajada no sólo presenciase desde Lisboa los efectos benéficos que para una nación puede suponer el contar con el "poder marítimo", sino que además sintiese las repercusiones de la enorme desigualdad que para un país como Francia significaba no disponer de una Marina fuerte para contrarrestar las crecientes insolencias inglesas; hizo falta también que en el Congreso de Hannover el enviado del Rey de Francia viviese de cerca las intrigas de los príncipes del Imperio, comprendiendo así el papel relevante que su Soberano tenía en el mantenimiento de las tradicionalmente llamadas "libertades germánicas", que no eran, en suma, sino las facilidades dadas por un Estatuto internacional, los Tratados de Münster, para asegurar el debilitamiento del poder imperial en Alemania a favor de Francia; hizo falta después que desde Constantinopla, siempre centro potencial del mundo, presenciase Vergennes la perniciosa influencia que para el

sistema europeo de la política francesa tenía el derrumbamiento de los países que antaño formaban la llamada "barrera del Este" que le pudiese defender, mediante ataques por retaguardia, contra las agresiones de sus inveterados enemigos alemanes, y muy especialmente los Estados de la Casa de Habsburgo; se necesitó, finalmente, que desde una Corte europea de segundo orden, la capital de los Wasa, que en un tiempo dispusieron de fuerza militar y prestigio suficiente para ser los árbitros de la política báltica y elevar a su país a la categoría de "Potencia del Norte" por excelencia, presenciase Vergennes las intrigas de las dos grandes monarquías armadas surgidas por aquella época, Prusia y el Imperio de los Zares, para debilitar el poder real sueco estimulando todas las reivindicaciones políticas formuladas por las Cámaras de los Brazos.

"Sobrevino la Revolución. Rompiendo la trama pacientemente tejida de nuestra historia, derribó la política de Vergennes" (pág. 1); de ahí la intención reivindicadora de esta biografía, que se propone revalorizar la labor de modesta apariencia de un gran Ministro de la Monarquía, a quien la fortuna colocó entre dos virtuosos cínicos: Choiseul y Talleyrand. Personalidad burguesa, el brillo de sus éxitos queda apagado por los clarines entonados en las guerras de la Revolución y del Imperio que siguieron a su labor eficaz, pero callada, efectuada casi con paciencia de laboratorio, en las avanzadas de sus puestos diplomáticos y en el despacho de la Cancillería. El elogio de su realización se halla en este resumen: "Nombrado Secretario de Estado de Negocios Extranjeros, supo contener la alianza austríaca en sus justos límites, mantener el equilibrio de una Europa sacudida por las ambiciones dominantes de Federico II de Prusia, de José II de Austria, de la Emperatriz Catalina, y, al socaire de la paz continental, condición esencial de toda intervención ultramarina, tuvo el honor de negociar los Tratados que han reconocido la independencia de los Estados Unidos" (pág. 3).

La verdadera carrera de Vergennes en la diplomacia se inicia al ser nombrado Embajador de Francia cerca de la Sublime Puerta, ya que este puesto ocupaba una posición preeminente en todo el servicio exterior francés, no sólo por la extensión de los territorios sometidos a la dominación otomana, la fastuosidad

del ceremonial heredado de Bizancio, la singularidad de las costumbres que cautivaban la imaginación, sino principalmente por los grandes intereses políticos, religiosos y comerciales que se encontraban bajo la custodia de esa Misión.

Por aquellas fechas vuelven a estallar las hostilidades entre Francia e Inglaterra con motivo de las fuentes del río Ohío en el actual territorio de los Estados Unidos. Chambrun estima indefendibles con motivos prácticos las pretensiones francesas y cree que una negociación a tiempo hubiese podido torcer el rumbo nefasto de la disensión franco-inglesa. En realidad, la enemistad del Reino insular no sólo se limitaba a abrazar la causa de los colonos de Virginia, resueltos a abrirse por la espada el acceso a los anchos ríos, arterias del Nuevo Mundo. Era un episodio más de la rivalidad secular que había inspirado todas las combinaciones anteriores, las del reinado de Luis XIV: Liga de Augsburgo; Gran Alianza de 1701, que abrió la Guerra de Sucesión de España, y la guerra de 1741 (sucesión de Austria), las cuales no habían sido sino los prodromos de la lucha suprema que el gobierno de los Jorges quería iniciar contra la Monarquía francesa para arrebatarle el Canadá, las Indias y dominar el mundo.

Chambrun relata aquí la negociación del histórico *reversement des alliances*, iniciada por la propuesta presentada por el Conde de Stahrenberg, Embajador de la Emperatriz de Austria y Reina de Hungría María Teresa, al Abate Bernis, mandatario del Rey de Francia, y a la Marquesa de Pompadour, y confirmada por el Tratado de Versalles de 1756.

Pocos acontecimientos han sido tan alabados, tan criticados y tan discutidos. Este "cambio de chaqueta" político dividió a la opinión francesa, contribuyó a zapar la Monarquía, influyó sobre la marcha de la revolución, y por todo ello pesó gravemente sobre los destinos de Francia. Sabido es que gran parte del odio que los revolucionarios del 89 profesaban hacia la desdichada María Antonieta provenía de la convicción de que encarnaba la odiada "alianza austríaca". Chambrun, con una ecuanimidad perfecta, nos expone primero los argumentos de Bernis, principal factor del *reversement*, luego los de sus detractores y, finalmente, el punto de vista de Vergennes sobre ese gran debate his-

tórico. Esto último viene a ser en síntesis una defensa moderada de aquella importante decisión, afirmando que los contemporáneos franceses o extranjeros, y a su cabeza Vergennes, no dejaron de ver en la inversión de las alianzas una súbita y feliz respuesta por parte francesa a las amenazas inglesas y a sus tentativas de cerco en el Continente.

Sin embargo, la conclusión de semejante acercamiento no fué a propósito para facilitar la labor de Vergennes en aquel período como representante diplomático de Francia en el Oriente europeo, por cuanto los turcos a duras penas comprenderían la marcha atrás que ello implicaba en la política francesa precisamente considerada desde siempre "amiga de la Sublime Puerta por la oposición, constante y que ellos suponían invencible, a los intereses de la Casa de Austria" (*Memorias de Vergennes sobre la Puerta otomana, compuestas al regreso de su Embajada en Constantinopla*).

La sorda oposición a la política de Choiseul y del propio Luis XV, junto con su matrimonio, que el Ministro califica de "boda ridícula", hacen caer a Vergennes en desgracia, siendo sustituido en la Embajada en Constantinopla, si bien recibe las felicitaciones de Luis XV por la fidelidad y discreción con que había conservado el secreto de esa correspondencia misteriosa que servía los designios del Rey.

Quiso el capricho de la suerte que en 1773, al ser derribado el omnipotente Choiseul por una conspiración de Corte que contaba con la complicidad de Madame du Barry, impaciente de vengarse del impertinente que le hacía frente, los hurones que siempre aparecen a la caída de los ministros, hojearon afanosamente los expedientes para descubrir entre los papeles olvidados el rastro de las ocasiones perdidas, y entonces salieron a la luz pública, triunfadoras, muchas de las cartas juiciosas y a veces pro-féticas de Vergennes.

Cancelado el episodio turco, nos sitúa Chambrun en plena estampita del siglo XVIII: el advenimiento de Gustavo III al trono de Suecia; ésta es la ocasión de que se saque a Vergennes de su olvidado retiro de Borgoña, nombrándosele Embajador en la Corte del joven Rey.

La situación política de Suecia en aquella época era depresi-

va para la Corona. Dos partidos, apellidados con los ridículos nombres de los "sombremos" y los "gorros", se disputaban el poder, y en realidad el país era presa de la anarquía. Ambas facciones vivían además a sueldo del extranjero: Francia por un lado, y Rusia, Inglaterra y Prusia por otro.

El Rey Gustavo III, imbuído de monarquismo centralista a la francesa, decide restaurar su autoridad y merced a un audaz golpe de Estado, alentado por el Gobierno francés, pasa a ser del Príncipe más limitado de Europa a Monarca tan absoluto como el Rey de Versalles o el Gran Señor de Constantinopla.

Pero el gran momento de la vida de Vergennes, pasadas estas eficaces intervenciones suyas en el damero diplomático europeo, es su nombramiento como Ministro de Negocios Extranjeros al subir al trono el Rey Luis XVI, todavía un adolescente. El nuevo Ministro dió a los asuntos un impulso notable, porque tenía un programa. Ante el abatimiento que invade a sus compatriotas por las recientes desgracias de la Guerra de Siete Años, Vergennes no se deja arrebatar por esa indignación natural, de la que dirá más tarde Bismarck que no es una actitud política, ni se abandona a perder el tiempo con una estéril lamentación del pasado, sino que busca tan sólo determinar en qué condiciones y bajo qué reservas puede Francia, sin comprometer el porvenir, pactar con el nuevo orden que se ha dejado establecer en Europa.

Con gran lucidez deduce luego los principios de su política: La proposición principal es la paz en Europa, para dejar a Francia las manos libres en las empresas ultramarinas; su corolario será la independencia de los Estados Unidos.

En estas circunstancias, se abre en Europa la cuestión de la Sucesión de Baviera. Vergennes no tiene más miras que evitar a Francia verse envuelta en un conflicto en el Continente, atizado quizá por Inglaterra. Por eso media Francia entre Prusia y Austria, y el Congreso de Teschen, en la Silesia austríaca, liquida ese problema reiterando en realidad a ciento treinta y un años de distancia las estipulaciones de Westfalia, fundamento de la política francesa en Alemania. Vergennes continúa, pues, la obra de Mazarino.

Asegurado del lado europeo, y sin temor a una diversión extranjera, el Ministro tiene ya toda libertad para trabajar en el restablecimiento a través de las rutas marítimas del globo, de ese equilibrio naval que faltaba a Francia desde Richelieu, cuya posibilidad podía entonces empezar a entorsearse merced a la insurrección americana, que dividía el poderío inglés.

El Gobierno francés inicia la ayuda oficiosa a los insurrectos valiéndose del escritor Marivaux, quien monta una casa de exportación y de armamento bajo la razón social "Rodrigue, Hortalez et Cie.", reminiscencia un tanto extraña de terminología española, para organizar metódicamente el contrabando de guerra.

Llega a Francia Franklin, el viejo cuáquero extravagante que frecuenta en Auteuil la tertulia de Madame Helvecio y se hace nombrar Venerable de la Logia Masónica de las Nueve Hermanas, en que estaba afiliado Voltaire. Al protestar el Gobierno de Londres, le contesta Vergennes, a través del Marqués de Noailles, Embajador cerca de Saint-James, que debe esa Corte recordar su conducta en Córcega, y que sigue manteniendo refugiado a Paoli, el rebelde contra la ocupación francesa. Pero la tensión entre ambos Gobiernos es cada vez mayor, y Vergennes acelera la ruptura.

Francia se encontraba en la plenitud de su prosperidad económica, habiendo casi doblado su comercio durante el Ministerio de Vergennes en ese bienestar que ya señalaba Alexis de Tocqueville en su famosa obra *L'ancien régime et la Révolution*, como propio del ocaso de la antigua Monarquía, y que le arrancaba esta conclusión: "No siempre es yendo de mal en peor como se acaba cayendo en revolución."

Sin embargo, el punto débil de Francia era su marina, desde que perdió en 1691 (batalla del Cabo de la Hogue) la paridad naval con Inglaterra. De ahí en parte la política exterior francesa en los conflictos anteriores a éste: A sabiendas de que no podía defender por mar sus establecimientos de América en una lucha desigual con la escuadra inglesa, se resignaba, con el fin de compensar con victorias continentales los reverses marítimos a que estaba expuesta, a combatir a la vez por tierra y por mar contando con que sus colonias perdidas serían recuperadas en la

paz a cambio de sus efímeras conquistas en Alemania o en Flandes.

“Tan curioso es el criterio del equilibrio político en Vergennes que no le interesan los proyectos de quienes le proponen desembarcar en las Islas Británicas, porque eso sería herir en el corazón a una nación *indispensable en la balanza de Europa*, mientras se pudiese golpearla a través del Nuevo Mundo, donde era vulnerable” (pág. 345).

Para hacer frente a la desigualdad de armamentos navales, Vergennes, cuya imaginación juvenil se había exaltado a la vista de Lisboa, emporio enriquecido por los mares, y que había vivido catorce años en la encrucijada de las rutas movientes del Mediterráneo, comprendía que hacían falta barcos. Contra los 160 navíos ingleses, Francia sólo podía poner en línea 80, pero con otros 80 de la escuadra española se restablecía el equilibrio en los mares, merced al artículo 4.º del Pacto de Familia de 1761: “Quien ataca a una Corona ataca a la otra.” Chambrun comenta por cierto, de pasada, que el tan discutido pacto era más ventajoso para Francia que para España, si se piensa que la posición de Francia le suscitaba más enemigos que los que tenía que temer España. Por eso la política francesa tendía a que fuésemos los españoles quienes iniciásemos las hostilidades con el fin de evitar una guerra general contra Francia: hasta ahí llegaba el refinamiento de la diplomacia de Versalles. Esta idea figura en un documento firmado por Vergennes: “Francia no aparecería entonces sino a título auxiliar, como una potencia fiel y exacta en el cumplimiento de sus compromisos.”

Floridablanca soñaba quiméricamente con aniquilar a Inglaterra como Roma había aniquilado a Cartago, mientras el sentido práctico de Vergennes contemplaba la lentitud de las operaciones marítimas confiadas a dos ancianos: el Conde de Orvilliers y D. Luis de Córdoba. Evitada la alianza anglo-holandesa, que tantos perjuicios ocasionó a los Borbones en la Guerra de Sucesión de España, la coalición franco-española no se apuntaba más que éxitos.

Culminación de aquella hostilidad hispano-franco-inglesa fueron las negociaciones de Versalles en 1783. España “reclamaba impetuosamente sus conquistas bañadas por el Golfo de Méjico,

las Floridas y Menorca, isla perfumada, descada como una infanta. Se obstinaba también en reivindicar Gibraltar, llamado "roca de la negociación como lo es en el mar" por Lord Shelburne, decidido a conservar a toda costa esta fortaleza erizada de cañones invisibles, topera rellena de soldados carmesíes, que poseía Inglaterra desde hacía noventa años, vigilante sobre la ruta marítima del Próximo Oriente, y de la que no habían podido apoderarse ni los ejércitos ni las escuadras de Francia y de España" (pág. 388). De repente, cuando juzgó al Ministerio inglés lo suficientemente comprometido, Vergennes, de acuerdo con el Conde de Aranda, consiguió para España la Luisiana, las Floridas y Menorca, mientras Inglaterra conservaba Gibraltar, llave del Mediterráneo.

Un irresistible impulso sentimental nos lleva a rebuscar en las páginas de Chambrun las alusiones a nuestra Patria. Desgraciadamente, salvo este episodio de la intervención armada de España para ayudar a la política francesa en la insurrección de las colonias americanas contra Inglaterra, el nombre de España se halla casi completamente ausente de esas páginas de historia del siglo XVIII. En rigor ésa fué la realidad, una vez que la desposesión por el Tratado de Utrecht de nuestros dominios en los Países Bajos, plataforma del Occidente europeo, así como Nápoles, el Milanésado y las grandes islas de la cuenca del Mediterráneo occidental, nos apartó por completo de la política europea de alto estilo. En los preludios del famoso asunto Jenkins de 1739, o sea, el capitán mercante cuya oreja había sido arrancada siete años antes, lo que no impidió que los ingleses hicieran de ello un motivo de furia política para atizar rencores contra nosotros, el comentario de Chambrun es el siguiente: "¿Por qué Inglaterra, poderosa y rica, debía bajar el pabellón ante España, el país más desguarnecido de Europa, que le impedía comerciar con sus colonias de América meridional por otro medio que por el único buque autorizado por el Tratado de Utrecht a descargar mercancías en Portobello, sobre el Istmo de Panamá?"

Nuestra sumisión a la política francesa se revela en las efímeras apariciones de nuestro nombre en los asuntos de Suecia. El Duque de Aiguillon, Secretario de Estado en Asuntos Exteriores, escribía a Vergennes en 1774: "Hacemos todo lo posi-

ble para imponernos a las Potencias que podrían tener deseos de dificultar la labor del Rey de Suecia, y me congratulo de que lo logramos. España ha ordenado a sus Ministros en Copenhague y en Petersburgo que hagan y digan exactamente todo lo que prescribamos a los nuestros." Y cuando el éxito corona los esfuerzos de la diplomacia francesa en la Revolución Real de Gustavo III, se nos premia como a un niño con un caramelo: "España se ha conducido tan bien hacia Suecia en esa ocasión, que el Rey cree que S. M. Sueca haría bien agradeciéndoselo al Rey de España, enviándole unas líneas de su puño y letra y encargando a su Ministro en Madrid que indique su satisfacción al Marqués de Grimaldi."

Parece, sin embargo, que se nos da en algún momento una pequeña satisfacción; es en el incidente del relevo del Embajador de Francia en Londres, Conde de Guines. En confidencias imprudentes hechas a un colega, Guines había dado a entender que sería difícil a Francia cumplir sus compromisos si estallase una guerra, como parecía probable, entre España y Portugal (1776). ¿Es que un representante diplomático de S. M. Cristianísima ponía en duda la eficacia del Pacto de Familia? Indiscreción grave, de la que creyó tener que quejarse oficialmente la Corte de Madrid. El Consejo deliberó en Versalles y Guines fué revocado como medida disciplinaria.

Por último, Chambrun no deja de elogiar la manera como Vergennes supo manejar y conducir los sentimientos que, a su entender, son propios del carácter español; y así alude a que arrastrado ya el Gobierno de Madrid a la colaboración con Francia en su guerra contra Inglaterra, y no obstante haber surgido ya el incidente de *La Belle Poule*, que como agresión inglesa ponía automáticamente en juego la alianza militar franco-española, Vergennes dió curso a las tentativas infructuosas de una mediación "que adúlaba el orgullo español" (pág. 355) hasta que se creyó llegado el momento oportuno de cambiar en Aranjuez los compromisos solemnes entre ambos países.

JOSÉ MIGUEL RUIZ MORALES.

CRISTÓBAL REAL: *La gran siembra de España*. Editora Nacional. Madrid, 1944; 436 págs.

La prosapia literaria de Cristóbal Real es entre nosotros sobradamente conocida por su constante desvelo en iluminar con la antorcha de la verdad histórica muchos de los pasajes de nuestra colonización que la "leyenda negra" ennegreció con su humo confusionista. Este libro en que ahora reitera Cristóbal Real su noble actitud de debedador de falsedades constituye un bien documentado alegato de la preocupación colonizadora, más aún que conquistadora, que fué ley constante de la política española a partir del segundo viaje de Colón a América, por el año de gracia de 1493. El autor analiza con minucia de enamorado, y después de haber cribado por su cedazo todos los textos contemporáneos y posteriores —Chancas, Diego Colón, Fernández Oviedo, Casas, Antonio Herrera, Juan B. Muñoz, etc.—, la trayectoria del viaje, su propósito y su realización. Para los que todavía tienen por buenas las patrañas que aseguraron haber sido las tripulaciones colombinas unas levas de facinerosos, dedica Cristóbal Real varios capítulos encaminados a demostrar —¡y con qué rigor y abundancia de pruebas!— la egregia calidad de muchos de los pilotos, hombres de ciencia náutica, religiosos y artesanos que en las 17 naves del segundo viaje del Descubrimiento arrojaron los riesgos de la aventura. No omite dato fidedigno el autor para convencernos del ánimo evangelizador y colonizador que ya en 1493 movía a los Reyes de España y a los grupos heroicos que se embarcaban rumbo a América. Por estas páginas desfilan con su prosopografía moral los Pinzón, los Niño, los Quintero, Alaminos, Nicuesa, La Cosa, Díaz Solís y tantos otros magníficos navegantes. Y al lado de ellos el empaque heroico de capitanes como Pedro Margarit, Juan Ponce de León y Alonso de Ojeda; la caridad encendida de apóstoles de la Fe como el Padre Bernardo Boyl, el Obispo Zumárraga y Fray Bartolomé de las Casas. Hoy solamente los ignorantes o los falsarios discuten la excelente calidad moral de los primeros equipos que España envió a descubrir y poblar América. A esos falsarios se dirige Cristóbal Real con abundante y fuerte guarnición de argumentos históricos. Ya en el prólogo nos dice

taxativamente el autor que "el principal objeto de la presente obra es poner de relieve lo que desde el segundo viaje de Colón hizo España por América". Claro que en discriminar pormenores del referido viaje y en aclarar extremos pertenecientes a la historia particular de Puerto Rico se le van 314 de las 433 páginas del libro. La desproporción salta a la vista y nos ofrece una obra poco construída, desde un punto de vista sistemático, aunque muy rica en datos y citas de máximo valor histórico. El autor maneja con machaconería el testimonio de los cronistas y relatores del quinientos, y nada afirma sin su contraste. En este sentido se advierte por toda la obra un afán de montar la historia del Descubrimiento sobre las crónicas de aquella época, descartando por arbitrarias o mentirosas las leyendas posteriores. Y no caben en este particular serias objeciones a nuestro magnífico reivindicador: pisa terreno firme y se mueve entre una bien montada guardia de testigos coetáneos a los tiempos de la Conquista.

Aunque ya en los primeros cuatro capítulos del libro, como de pasada y para corroborar otros extremos, aporta Real abundantes pormenores de lo mucho que España puso de su riqueza, de su cultura y de su heroica sangre en la empresa de la colonización americana, es en el último capítulo donde propia y directamente estudia en forma sintética y densa la gran siembra española. El autor demuestra que es una impostura la afirmación de que con la llegada de los españoles se despoblase América; todo lo contrario, con la higiene que los conquistadores imponían y con la prohibición de las hecatombes humanas que se celebraban ante los ídolos, las razas aborígenes adquirieron un vigor del que antes carecían. Real nos asegura y prueba con muchos testimonios que, al desembarcar los españoles en las Antillas y Tierra Firme, su primera preocupación fué la de buscarse bastimentos con que alimentarse y vestirse, pues América era pobre hasta el extremo de que muchas expediciones que se aventuraron tierra adentro en las primeras décadas del quinientos perecieron de hambre. (Véase, especialmente, las páginas 69 y siguientes.) Los indios vivían desnudos, sumidos en la barbarie, se comían unos a otros, desconocían la agricultura, el uso del hierro, la tracción animal, el carro y el arado, degeneraban entre borracheras y vicios nefandos, ignoraban cómo suminis-

trarse luz para las noches, se alimentaban de lo que bucnamente daba la naturaleza. Por esas razones era escasa su población, y si bien es verdad que la tierra era boscosa y fértil, no existían en ella apenas productos alimenticios, y los que había —maíz, patata, cocos y algunas otras frutas— no estaban explotados con normal regularización de cultivos y cosechas. A América hubieron de llevar los españoles los animales útiles al hombre —pues en todo el Continente descubierto no se advirtieron más que bisontes en la parte septentrional y llamas en el Perú—, y así ya Colón, en 1493, por orden de los Reyes embarca parejas de bovinos, equinos, ovejas, cerdos, gallinas, etc. En América no había, en 1493, nos refiere Real tomándolo de los cronistas de aquella década, ni caballos que montar, ni bueyes con que arar, ni otro animal doméstico. Los bosques se enmarañaban infinitos, y en ellos anidaban millones de pájaros y muchos simios. Cuarenta años después las Antillas eran ya millonarias de ganados importados y suministraban a todos los demás países descubiertos. Hacia el año 1575 toda América, desde California a Tierra de Fuego, abundaba de ganadería por millonadas. Los primeros conquistadores no tenían carne que comer; cincuenta años más tarde ya la carne se vendía por una nonada, y los negros de Jamaica y Santo Domingo se nutrían de ella con exclusión de otro alimento. España llevó a América el trigo, el centeno, la cebada, los árboles frutales, el lino, el olivo, el plátano, la caña de azúcar, el arroz, etc. Imagínese que de repente quedase América hoy sin la riqueza pecuaria y agrícola que España importó en ella. y quedarían reducidas a la miseria todas sus naciones. Esto es lo que nos viene a demostrar cumplidamente Cristóbal Real en el libro que reseñamos. Con razón concluye el autor en la página 376, aduciendo el testimonio valioso del Padre Bernabé Cobo, que América recibió más de lo que dió. Ni con todo el oro del Perú y la plata de Méjico pagaría América a España la riqueza material, por no hablar de los valores espirituales, que ésta le llevó en sus galeones. Cuando los historiadores americanos se ponen a ser sinceros acaban por hacer en sus libros una apología de España. Es lo que sucedió al yanqui Vignaud.

España —nos afirma Real— conquistó a América porque entonces era la única que podía acometer tal empeño: era la más culta, poderosa y preparada nación de Europa. Sus navegantes

poseían una técnica nueva por la cual calculaban con exactitud las longitudes. Ya en 1346 un navegante español, Jaime Ferrer, había desflorado la ruta hasta Guinea, y tras él se acostumbraron a sortear los graves riesgos de este larguísimo derrotero otros nautas españoles, sobre todo los de Palos de Moguer. Así se adiestraron para la epopeya del Descubrimiento los Pinzón y los Niño. Sin ellos, insinúa también Real, no hubiera Colón dado cima a su empresa. No se trata, pues, de un azar histórico, sino del premio que España merecía. Sus cosmógrafos trazaron por primera vez con asombrosa precisión los contornos de América, y el nombre del santanderino Juan de la Cosa es hito de referencia inicial. Se esfuerza Cristóbal Real por alejar de su libro la faramalla patriotera que, cuando se habla de la labor de España en América, sólo se fija en las gestas de la espada y en la deslumbrante teoría de oros incaicos. Los conquistadores, nos alecciona Real, son tan grandes, como colonizadores, y no desmerecen de las hazañas de su espada los logros de su gestión política y fundadora. Ahí están las ciudades y los campos de América para demostrarlo. En menos de un siglo el Nuevo Mundo pasó de la miseria y la barbarie al esplendor y el bienestar de la civilización. Nunca se dió en la Historia otro caso de colonización tan eficaz y rápida como la que en América llevaron a cabo nuestros capitanes, nuestros misioneros, nuestros letrados, nuestros artesanos y nuestros labradores. De todo se preocupó España. Con la expedición castrense iba la cruz, la toga y la herramienta de trabajo. Si España echó mano de la espada no fué por puro afán de conquista --prueba el autor de este libro--, sino *para civilizar* a unas tribus bárbaras y degeneradas que mutuamente vivían en guerra continua, devorándose materialmente los vencedores a los vencidos. Evangelizar a los indios, cultivar los campos vírgenes, edificar ciudades y aldeas, abrir caminos, darle la vuelta al mundo, crear escuelas, iglesias, universidades, industrias: esta fué la Conquista. De antropófagos los aborígenes de América pasaron en unos lustros, por la obra de España, a formar comunidades con moral cristiana. ¿Qué otra colonización ha hecho cosa igual en tan poco tiempo y tan amplio espacio geográfico? En 1493 empezaba, con el segundo viaje de Colón, la tarea civilizadora; una centuria más tarde competía América con España en progreso material y espiritual. Esta es la de-

mostración que Cristóbal Real nos hace en el libro objeto de esta recensión. Escrito con pormenorizado conocimiento de los temas que toca, cumple elogiarle por el empeño y por el ardor y probidad informativa con que está realizado. Del estilo diríase que Cristóbal Real prescinde, acaso porque sólo busca un fin: la verdad. Y la verdad, para ser bella, no necesita de galas literarias. En la finalidad de poner al alcance de toda inteligencia la exacta relación de lo que fué la colonización de América, llena este libro su cometido.

B. MOSTAZA.

SIR CHARLES OMAN: *Siete estadistas romanos*. Ediciones Pegaso. Madrid, 1944; 441 págs.

Oswald Spengler, en el sugestivo cuadro comparativo con que abre su *Decadencia de Occidente*, señala como correspondiente en la Antigüedad al período postrero de "cultura", aquél en que la forma "Estado" hace explosión y vence la ciudad al campo, el dinero a la política, la inteligencia a la tradición; el que en la Grecia clásica enlaza las revoluciones sociales inmediatamente anteriores a las segundas tiranías, con Alejandro; etapa junto a la cual, en la cultura moderna occidental, coloca la que, a caballo sobre dos siglos, el XVIII y el XIX, ve brillar a Washington, Fox, Mirabeau, Robespierre y, en fin, Napoleón. A partir de ella comienza la que Spengler denomina "civilización", período en que el pueblo, agrupado en masas informes, inorgánicas y cosmopolitas, va progresivamente convirtiéndose en la única fuerza con que contar, hasta acabar entregándose al yugo de unos césares, señores del mundo por la fuerza de su espada; momentos que el orbe antiguo vivió a lo largo de toda la historia de Roma, y señaladamente en aquellos dos siglos que enlazan a Sila con Domiciano; momentos que el orbe moderno está viviendo, afirma el pensador prusiano, a partir de 1800, y hasta la fecha, desconocida, en que su ciclo se consume. En *Años decisivos*, concretando aún más las analogías, se complace en evocar, como forma de nuestro tiempo, los terribles años que corrieron desde Cannas a Accio; años durante los cua-

les el mundo formado a base de pluralidad de Estados dió paso, entre atroces crisis, al "Imperium mundi", que hoy, al parecer, empieza a dibujarse de nuevo en el horizonte. No voy aquí a examinar hasta qué punto puedan estar fundadas --o infundadas-- tales presunciones; pero ellas me bastan para encarecer la excepcional importancia que el libro que aquí me ocupa posee.

Pues la obra de Sir Charles Oman sobre *Siete estadistas romanos* no es, ni mucho menos, un mosaico compuesto por siete relatos inconexos. Es, por el contrario, la narración, plena de vida y dramatismo, de uno de los más decisivos períodos que haya vivido jamás la humanidad: el del siglo segundo antes de nuestra era; siglo que es, evidentemente, corazón o meollo de aquellos en que, según Spengler, se decidió lo que habían de ser centenares de años. Desde los Gracos a César. Con anterioridad a los primeros, Roma, República. Tras la muerte de César, Roma, virtualmente, Imperio. Y entre ellos, una cadena de hombres a menudo geniales, en general grandes ambiciosos, pero colocados en el más apropiado terreno para desarrollar sus apetitos: el que les había preparado una democracia sin jugo, esterilizada en una menuda contienda de medianías, de las que fácilmente había de destacarse, incluso sin proponérselo seriamente, cualquier hombre excepcional, y más contando con el apoyo de unas masas desarraigadas, prontas a seguir a quien más irresponsablemente se lanzara a halagarlas, también creación, bien mirado, del régimen que en ellas precisamente había de encontrar su ruina. Hombres, además, que venían efectivamente a representar una salvación de momento para el pueblo explotado por una oligarquía que ellos precisamente iban a desarraigar. ¿No habían de triunfar? Es verdad que el tener que edificar su poder sobre el siempre tornadizo favor de la multitud lo convertía en algo demasiado precario y, por lo general, efímero; que bastaba a menudo la simple presencia de un adversario más suelto en prometer aun lo imposible para desbancarlos en el favor de aquella plebe, momentos antes tan incondicional --tal fué el caso de Cayo Graco ante Livio Druso--; que, en fin, nada les garantizaba la permanencia en una posición de la que siempre podría arrojarles el contrincante más fuerte, audaz o afortunado; pero con todo, el sistema triunfó. Edificado sobre la base de una multitud sin sentido moral, no podía, real-

mente, fracasar. Aquélla variaría a menudo de amo; más amo, jamás dejó de tenerlo.

Esta, ya se ve, es la historia del Imperio romano; pero también la historia de la cadena de hombres que, a lo largo del siglo segundo, prepararon el Imperio romano; historia que Oman sabe contar prodigiosamente, en un maravilloso estilo, mezcla de rigor, facilidad e interés, sencillo, y animado interiormente por un intensísimo dramatismo. Historia que es, a la vez, lección. Empezando por el modo de ser planteada.

No hay, en efecto, nada del facilitón y casi inevitable paralelismo histórico a lo Spengler que en todo caso hubiéramos, de puro esperado, perdonado; no hay —y esto me place destacarlo, porque lo considero el más profundo de los méritos de una obra rica y millonaria ciertamente en excelencia— ni rastros del aún más facilitón fatalismo histórico a lo Spengler. Oman plantea la cuestión, por el contrario, en el terreno de las posibilidades, sobre la base, no de inexorables “sinos”, sino de humanas y razonables preguntas, a saber: ¿pudo no haber subsistido Roma?, y ¿pudo haber subsistido la República?; interrogaciones que, no por tácitas en parte, al menos la segunda, dejan de aparecer, inquietantes, en todas las páginas del libro, exigiendo una respuesta, y para ella una meditación. El mejor fruto.

Y el más insospechado. Pues en verdad que ya el mero hecho de formularse esas dos preguntas resulta inusitado. Estamos tan impregnados, en efecto, de determinismo histórico, que nos produce hasta estupor el pensar que Roma hubiera podido desaparecer en el promedio de su trayectoria; y, sin embargo, así fué. Al disputar el siglo II antes de Cristo, la ciudad-Roma, dueña de gran parte del mundo conocido, vivía anquilosada en una organización urbana totalmente incompatible con sus nuevas necesidades imperiales, necesidades a las que se resistían los romanos, señores de un mundo cuya carga, en cierto modo, repugnaban aceptar. No había funcionarios civiles; no había Ejército; no había Marina. ¿Qué más posible sino que una invasión la hubiera encontrado tan indefensa como había de estarlo siete siglos más tarde? Sólo con que aquélla se hubiera intentado —afirma el historiador inglés—, el siglo V se habría adelantado, y, ¿qué habría sido del mundo tal como después lo hemos cono-

cido? Si ello no sucedió, no se debió a ninguna clase de sins históricos, sino a la mera contingencia --que pudo no tener lugar-- de que Roma produjera entonces dos grandes soldados --Sila y Mario-- y que los Estados vecinos carecieran de ellos. Pero a idénticas contingencias debióse el que, al cabo, la interna organización de aquella Roma salvada por los hombres (nunca se insistió bastante en esto), cayera, para dejar paso a la nueva organización imperial.

Oman plantea la cuestión claramente. Una reforma era, dice, indispensable; reforma en la organización romana, que tenía que pasar, por de pronto, de urbana a imperial; reforma en la Constitución, harto caduca para hacer frente a las necesidades que la nueva hora reclamaba. Ahora bien, continúa, ¿bastaba con una reforma? No, es la contestación corriente. Sí, es la suya. Todo pudo arreglarse pacíficamente. Todo pudo llegar a realizarse de esta manera. Bastara con que Sila hubiera sido lo suficientemente joven para defender su Constitución reformada durante más tiempo del que pudo hacerlo, o con que después hubiera surgido otro Sila (pudo haberlo sido Pompeyo, de no haberle empujado al campo contrario la impolítica actitud del Senado y, en especial, de Catón el joven), o con que, como Oman observa, se hubieran dado diez Catones, o con que no hubieran tenido lugar las matanzas de Mario, que privaron a los optimates de sus mejores elementos, o, en fin, con que no hubiera surgido el genio de César, triunfador, por otra parte, gracias al descuido de Sila, que si previó, para impedirlo, la posibilidad del golpe de Estado dado por un cónsul, no se cuidó de poner trabas al posible golpe de Estado dado por un procónsul al frente de sus legiones; que es lo que sucedió. ¡Qué cadena de acontecimientos contingentes! Ante ella, ¿qué queda de los fatalismos?; ¿qué de los fáciles paralelos históricos? Como fué aquello, pudo no ser. Como puede ser eso, puede no ser. No creo preciso decir más sobre la trascendencia de una postura, a mi entender la única correcta históricamente, y la única sana, en cuanto a su proyección en la vida práctica.

Pero, en fin, aquéllo fué; y ahora viene su enjuiciamiento: ¿Es que no era deseable? Con todos los respetos para quienes se entusiasman ante la gloria de un César y el brillo innegable

del Imperio, que fué sueño sin descanso añorado durante generaciones enteras, no puedo por menos de compartir la opinión del autor. No, no fué deseable. Y no es eso alvidar lo endeble de lo antiguo, pura cáscara ya sin contenido, ni negar la prosperidad material que ya César anticipó y el Imperio deparó; es poner esa prosperidad un poco por debajo de una serie de valores espirituales que, si ciertamente no existían, tampoco se recuperaron, y que todavía contribuyó más a enterrar el espíritu de abyecto servilismo que vino con el Imperio a asfixiar a todo un mundo bajo un socialismo estatal extremado y por ningún concepto deseable para un occidental.

Y con toda discreción, para que el comentario no turbe el hilo de la narración, Sir Charles Oman va recordándonoslo a lo largo de su trabajo. Singularmente, es interesante a este respecto su reacción, típicamente británica, ante las interesantes figuras de César o de Tiberio Graco. Le asusta, en todo caso, el demagogo, y se le ve alinear instintivamente al lado de los conservadores senadores, aun reconociendo todos los males existentes. Porque —razona— esos males eran remediables; pero la solución de llevarlo todo a sangre y fuego, sobre exponerlo todo irremisiblemente, conducía con entera seguridad a la esclavitud de ese pueblo que se empezó por halagar. Con Cayo Graco comenzó, en efecto, el *panem et circenses*. No a otra cosa equivalía su *Lex frumentaria*. Hoy ya vemos en qué abismo de humillación terminó todo aquello. Pero es que, sobre esas razones, en Oman avivan el interés, a buen seguro, las no soslayables analogías que median entre el régimen británico y aquel régimen a cuyo declinar y muerte asistimos en su libro. No puede por menos de verse en él, así, cuando defiende a Catón o a Pompeyo frente a César, al inglés empeñado en defender su régimen frente a toda amenaza de una posible dictadura cuya sola mención le espanta. Preciso es reconocer que acierta al desconfiar de soluciones que en Roma no podían por menos de tener una indebida inclinación a erigir en sistema perenne algo tan inestable como un tribunado fundado en el favor de la multitud, y eso para el exclusivo provecho del autócrata así encaramado al poder. Más hubiera valido, sin duda, intentar volver a las fuentes secas del espíritu romano, y tratar de abrirlas de nuevo, reformando cuan-

to hubiera de reformable, que entregarse al azar de unos tribunos o procónsules que, apenas tuvieron en sus manos algo más que la plebe romana, encaminaron sus legiones contra el Senado, que representaba, después de todo, y pese a su decadencia y a su carácter oligárquico, una libertad mayor que la igualdad esclavizada instaurada sobre sus ruinas.

Creo que con lo dicho basta para comprender cuanto tácitamente ha de ir poniendo de suyo Oman en esta historia de Roma. También para percibir que, aun sin hacer demasiadas concesiones a paralelismos, el problema que se planteó a los romanos en el siglo segundo, es sustancialmente idéntico al que hoy se nos plantea a los europeos. Quizá, y aun sin quizá, pasar de una pluralidad de Estados rivales a una organización, no quiero decir unitaria, pero sí comunitaria; y después, buscar la manera de evitar esa igualdad servil del cesarismo, mediante el abandono de todo lo existente, sobradamente caduco, volviendo a las fuentes cristianas de nuestra cultura. El primitivo patriotismo romano, al que debieron lo mejor de su historia, estaba muerto dos siglos antes de Cristo. Catón era sencillamente —lo recuerda Oman...— ridículo. Por eso parece difícil que pudiera evitarse la ruina de la República. A los Gracos les faltaron legiones; a Mario, talento político. César reunió las dos cosas, y triunfó.

¿Para bien? ¿Para mal? Sería necesario un estudio comparativo de cuanto sobre él se ha dicho para ilustrar debidamente el propio juicio. Del retrato de Oman (que, por de pronto, tiene el extraordinario valor de serlo de un hombre, no de una estatua) se desprende su genialidad; pero no un juicio demasiado lisonjero sobre su obra. Hizo posible el Imperio. Sin él, Augusto no habría sido posible (aunque, por otra parte —esto no lo dice Oman— se haya afirmado que Augusto no hizo lo que César hubiera hecho, y aún que estropeó la obra de César); pero precisamente por esto, el autor se lamenta. Porque con el Imperio pereció lo que subsistía de libertad.

Y con esto termina. "Un libro tan difícil de escribir como agradable de leer", se nos dice como invitación al comienzo de la obra. Si uno forzosamente se acerca siempre con un mucho de recelo a tales invitaciones, me es grato reconocer que aquí se ha

RECENSIONES

quedado corta. El libro es excepcional. Y es cosa de congratularnos de que la Editorial Pegaso, que ya nos ha proporcionado regalos tan excelentes como *El conocimiento de Dios*, del Padre Grady, y *La crisis de la conciencia europea*, de Paul Hazard, haya añadido a su colección éste.

J. M. G. E.

REVISTA DE REVISTAS

